This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

V338
Ca

A 465675

OBRAS POÉTICAS

Armand Vasseur

CANTOS AUGURALES

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

CANTOS AUGURALES



Armand Vasseur

Vasseur, Alvaro Armando

Cantos Augurales

O. M. Bertani
Editor

Montevideo
1904

868
V338ca

763426-190

• OFRENDA •

Para fruición
entusiasmo y perseve-
rancia de cuantos padecen
la neurosis mesiánica de un más
armonioso devenir humano, dedica, por
mi intermedio, estos CANTOS
AUGURALES, el Verbo bal-
buciente de la joven
Atlántida.

A. V.

La Epopeya del Abismo

Á LA MEMORIA DE WALT WHITMAN, RÁPSODA DE LA DEMOCRACIA.

Questo, a cui con mille arti e mille fèrri
Smungi ed apri le vene, ed è sol reo
Di tua grandezza, questo che tu inferri
Nel fango è Briàreo;

E sorgerà: su la spezzata gogna
Agiterà le cento braccia immani,
E schiaccerà la tua viva carogna
Co'l martel de' Titani.

M. Rapisardi, *Giustizia*.—XIII Marzo.

¡ARRIBA, HUMANIDAD!

«...El solo debió ponerse en camino para ser el primero en descubrir el país de los hombres del porvenir.»

R. Wagner.

Un Abismo en cuyo más profundo lecho crepita el fuego central del Planeta.

Tan vasto é intrincado que en él caben todas las ciudades de la tierra.

Visto de lo alto de las escarpas laterales, el fuego central, que serpea por sus remotos lechos, semeja vetas de oro líquido. Su claridad irradia resplandores de colada.

Cada estrato geológico de los que forman las vertientes del Abismo constituye una época histórica: un ciclo social.

El Abismo, linda de un lado con la eterna Noche; del otro con el Alba.

De cada estrato lateral, á lo largo de los accidentados despeñaderos, caen racimos de seres humanos, tribus, familias, envueltos en torbellinos de alaridos, de ayes, de quejas y furibundas imprecaciones.

Van rodando, rodando, de precipicio en precipicio, hasta desembocar, envueltos en una avalancha de pedruscos, árboles, lianas trepadoras, bestias tentaculares, polvo, lodo y humo, en el Abismo central.

Brumas invernales, nubes multiformes, velan de cuando en cuando tan horrorosas catástrofes.

Es un continuo caer.

Algunas regiones del Abismo están casi repletas de restos y osamentas humanas. Forman osarios, abruptos como montañas.

Por todos lados una flora fúnebre, pestilencial, se multiplica en las lúgubres vertientes, en los desolados desfiladeros, en los montes helados que se perfilan en la penumbra.

Allí vegetan y laboran las Castas miserandas de la Historia.

Las Canallas de todos los tiempos. La Chusma universal.

En los obscuros antros de las profundidades, en las cavernas crepusculares, bajo los hirsutos y convulsionados bosques subterráneos.

Toda la tetralogía terrestre que llaman *salvajismo*, *barbarie*, *civilización* y *humanismo*, hace más de cien mil años que se desarrolla en su seno.

Las pululantes humanidades que merodean en las vertientes del Abismo, no tienen más que una obsesión: no despeñarse por completo; no ser devoradas por el fuego central...

Empero, algunos míseros, con almas de titanes, sueñan sueños de locas aventuras, de maravillosas ascensiones. Son los Vates de la Horda; los Rápsodas de las réprobas Canallas.

Han oído hablar de tierras libres, de horizontes ilimitados, de aire sa-

lubre, de luz dorada, de vida alegre, de ardiente sol y salvaje libertad, allá arriba, en las vertiginosas alturas del Abismo.

Allá arriba, del lado del cielo, por donde, en algunas mañanas, cuando la tempestad no tronitúa en las bituminosas gargantas del Abismo y los vapores de las nieblas no velan la magnética visión del lejano azur, filtra, á través de las troneras geológicas y de los obscuros bosques, un como resplandor celeste de tibieza y de luz.

En vano, las lenguas de los Pontífices predican á las rampantes ánimas, que allá arriba sólo pueden vivir los dioses y las diosas...

En vano, los Guerreros custodian, con mortíferas armas, los pasos vedados de los desfiladeros y los inaccesibles senderos de las montañas.

En vano, los *Superhombres*, afirman que el Abismo es la patria de los trabajadores, el limbo perdurable de los esclavos.

En vano arguyen que sólo podrán ascender á la divina superficie planetaria, al tardo andar de los milenarios, sobre las pirámides fúnebres de su parentalia, sobre los osarios de la sacrificada Canalla, luego de haber terraplenado, con sus exhaustas osamentas propiciatorias, todos los antros de la Tierra y nivelado, así, el inconmensurable Abismo de las iniquidades sociales.

En vano los cerberos de la Especie discurren acerca de los peligros que entrañaría el que los moradores del Abismo *osaran* escalar en masa las regiones del rayo, del relámpago y del trueno.

En vano, les predican la resignación, el dolor, la fé ultraterrestre, la caridad, en las viscosas cavernas de su ostracismo y su abyección.

En vano, claman que el primer *deber* del *tchandala* es conformarse con su destino, y le vedan plantear soluciones nuevas á las ociosas divinidades...

En vano, les dicen que demasiada faena tienen con ir terraplenando con sus propios huesos el monstruoso Abismo y fertilizar la yerma soledad de su desgracia con la sangre de sus mártires, las lágrimas de sus profetas y su sudor infame de Canallas...

En vano les susurran, con convicción mentida, que nada han de conseguir que no sea quebrantar sus fuerzas y aniquilar su Casta si dan en agregar arduas fatigas y preocupaciones á sus exhorbitantes angustias cuotidianas!...

En vano, cuando aparece algún Desconocido que les incita á la duda, á la rebelión, y al escalamiento de los estratos superiores del Abismo, le enseñan á lapidarle, crucificarle, quemarle, descuartizarle, y á dispersar sus sublimes pavesas en la cólera de los huracanes...

En vano les enseñan á *esperar*, á *sufrir*, á *soñar despiertos*, y á *bien morir!...*

En vano se proclaman mandatarios de un Supremo Señor, á quien atribuyen la creación omnisciente del *Gran Todo*.

En vano les infunden el *vértigo de las alturas*, los misteriosos espeluznos del terror, la atracción del Abismo, el quietismo vegetativo, la hórrida inconsciencia, la insensibilidad brutal...

¡En vano!

Los réprobos del Abismo parecen renacer de sus cenizas. Se multiplican en inimaginables avatares.

Cada vez más, pululan los tonantes Desconocidos, en las tinieblas larvales de las cavernas, en las asperezas de los picachos, en las malezas selváticas, en las sendas ignotas de los precipicios.

Sus Evangelios, diversamente consoladores, de más en más solidarios y ascensionales, dominan el fragor de los torrentes, el rodar de las vivientes avalanchas, y las mil y una resonancias del negro Abismo Social.

***

En las noches, en que por los desfiladeros de la Miseria Humana la tempestad de las Iniquidades ruge más sordamente, arrancando de cuajo cuanto se opone á sus ímpetus, resuena el alarido augural de los Desconocidos, el canto de desafío y de fulminación que corearán más tarde las ingentes Canallas.

En tanto la chusma ora, se extremece y suspira sus lamentaciones, tratando de aplacar con plegarias y exvotos las Potencias Desencadenadas de la Altura—el último de los Desconocidos canta:

La canción del rebelde

Yo soy el Luzbel moderno
  Soterrado en el Infierno
  Bestial de la Realidad;
  Mis grandes alas sidéreas
  De transparencias aéreas
  Quemó, la Fatalidad!

Arde, en sublime congoja,
  Mi réproba älma, roja
  Como una brasa infernal,
  Mientras todos los sumisos
  Gozan en los Paraísos
  Su sumisión inmortal!

Deidades y serafines,
  Angeles y querubines
  Toda la corte servil
  Ni recuerda mi «Caída»;...
  En el Empíreo derruída
  Fué, mi torre de marfil

El supremo Gran Tacaño,
  Cadavérico y huraño
  En su rencor triunfal,
  Destruyó todo vestigio
  De mi glorioso prestigio
  En su harem paradisial!

Ya, ni me ríen de lejos
  Los zodiacales reflejos
  De mi pasado esplendor.
  ¡Es tan inmenso este abismo
  Que de no ser yo el mismo
  Luzbel, sentiría horror!

En la tiniebla que acrece
  Todo mi ser fosforece
  Como los monstruos del mar.
  ¡Ser de luz, y estar á obscuras!
  ¡Oh, las negras conjeturas!
  ¡El hórrido tanteär!

Soledad, de incomprendidos
  Soledad de los caídos,
  Fiel y amarga soledad

Imprime sobre mi frente
El beso helado y sapiente
Que dá la genialidad!

¡Redivive mis pupilas,
Reconstruye mis axilas,
—Vastas alas de Verdad;—
Y en los círculos profundos
Yo crearé nuevos Mundos
Y una libre Humanidad!

Me siento ubérrimo y fuerte,
Inaccesible á la Muerte,
Más intangible que Dios...
El, es viejo y achacoso,
Yo joven, viril, hermoso:
¿Quién vencerá de los Dos?

No poseo la noción
Del tiempo de mi prisión;
¿Cuántos milenios harán?
Quizá ya el Otro no existe ..
Y el Orbe hasta entonces triste
Sonríe á Luzbel y á Pan!

. . . .
. . . .

Mas... ¿qué claridad ignota?
¡Què dulce canción remota
Llega hasta mi soledad?
¿Vienen ambas del subsuelo
O de los astros del cielo?
¿Qué cantan? ¿Será verdad?

. . . .

«¡El Gran Tacaño ha muerto!
¡Almas de amor gozad!
¡El Gran Tacaño ha muerto!
¡Sursum, Humanidad!»

Y mientras las muchedumbres que han ido rodeando al Desconocido se dispersan, ebrias de épicas efervescencias, coreando su mágica canción,—de todos los estratos del Abismo,—niñas, niños, jóvenes, hombres, mujeres, ancianos, familias y pueblos en masa, ruedan continuamente de precipicio en precipicio, hasta el remoto lecho donde llamea el fuego central...
¡Caen, caen, caen!

LA TEBAIDA DE LOS SOÑADORES

«¡Vé, Purna. Emancipado emancipa; Consolado consuela!»

BUDDHA

Estamos en uno de los estratos medios del Abismo.

Una penumbra cenicienta clarea el desolado panorama.

Es una como altiplanicie escarpada, que se extiende á lo largo de las gargantas del Abismo.

La altiplanicie aparece erizada de altas y solitarias torrecillas. A lo lejos, en la sombra dantesca, rugen los torrentes. Se alza el rum rum inenarrable de las enjambrazones humanas, que caen eternamente en el vacío.

Es la Tebaida de los Soñadores.

La altiplanicie del ocio y del ensueño en la que han levantado sus viviendas, los Réprobos que escaparan de los antros del Abismo, burlando la vigilancia de los Cíclopes, y arrastrándose por los vertiginosos despeñaderos, erizados de malezas parasitarias y de viscosidades trágicas...

Un silencio de funeral flota sobre la Tebaida. Sus millares de pobladores no se conocen, no se saludan ni se hablan jamás...

Odian todos los rumores circunvecinos. Detestan toda promiscuidad. En lo alto de sus torres,—que los terremotos del Abismo bambolean y á menudo arrojan por el fango—evaporan sus místicas quimeras en la sucia bruma del erial.

Desde lo alto de su inconmensurable inconsciencia, miran, acaso sin ver, las cenagosas cerviflexiones de los miserables, cómo desde las cumbres de las montañas.

Viven entre las humanidades *miliunanochescas* que han forjado, á *cincelazos* de utopía, en las canteras vírgenes de sus númenes.

Y no ven, no quieren, no pueden ver, nada de cuanto les rodea, de cuanto les asfixia á su alrededor.

La monstruosa Tierra les ha abierto los horrores de su seno, mareándoles para siempre jamás.

Desde entonces padecen la náusea de la realidad y la sed de lo ideal—porque no conciben que en esta misma Tierra, la realidad pueda poseer encantos y maravillas superiores á toda imaginación.

Por ello, cuando los rugientes Desconocidos pasan por su Tebaida, entonando las elegías de la *Casta Doliente*, los salmos ululantes y los ardientes yambos de la rebelión, los más se encojen de hombros y los menos sonríen indiferentemente.

Los dejan pasar en silencio, como si fueran un aquelarre de espectros, emancipados de toda afinidad y preocupación humanas!

Empero, una noche los terraplenadores del Abismo se aperciben de su insultante inacción.

Comienzan á comunicarse entre ellos los lóbregos designios de su cólera.

Y se dicen: «¡Guay de aquellos que sueñan mientras sus hermanos laboran en la sombra y perecen aplastados por la iniquidad! ¡Guay de ellos!»

Y de común acuerdo los mineros del Abismo deciden minar los cimientos de la altiplanicie. Hacerla volar en la bruma, con sus torres y sus orgullosos solitarios.

Entonces aparece, tanteando en las tinieblas, el último de los Desconocidos. La soledad, fiel á su deseo, hále dotado del don de *videncia*, y del don de *desdoblamiento* y *ubicuidad*.

La Muchedumbre suspende su faena y le rodea. Algunos reconocen al divino Cantor.

Le hacen depositario de sus cuitas. Le cuentan los detalles de la nueva empresa. Le interrogan acerca de su opinión.

El Rápsoda concreta su pensar:

«*Nadie, aquí abajo, está por sí para él solo.*»

«*Lo que cada cual sufre, piensa y vive, lo sufre, piensa y vive para todos.*»

«Dejadme que les envuelva en el torbellino de mi reto. Que les arrastre en el torrente de mi Verbo como los arbustos secos del Otoño.

Dejad que estrelle al pie de sus torres el embravecido oleaje del océano de las injusticias humanas.

«Que se empapen de amargura! Que se extremezcan de dolor y de impetuosidad!

«Y si callan, si persisten en su aislamiento, si cierran sus sentidos al *deber*, al *amor*, y á la *gloria* que les llama, ¡Cumplid vuestros designios!

«Pues en verdad os digo que ellos ya están muertos en vida!»

Luego el Ultimo de los Desconocidos se encamina hacia la Tebaida de los Soñadores.

Inmensas Muchedumbres de réprobos le acompañan.

Y frente á la torre más alta de la soñolienta altiplanicie el Portavoz estalla:

¡Despierta soñador!

Soñador: la corona de espinas
como un regio presente te aguarda;
abandona los muelles ensueños,
al sol de la Vida, *¡levántate y anda!*

Soñador: flagelado *Ecce-homo*
de una eterna vía-crucis privada,
deja al viento gemir en su fuga,
tu horror hecho Verbo solivie las almas!

Soñador: ya la urna está pronta,
incinera tus cuitas vedadas,
y en el mar sin riberas del Mundo
embebe la esponja febril de tus ansias.

Y retírala plena de sangre
—roja sangre de angustias humanas,—
flamescente de amor y sapiencia,
genial y explosiva cual ígnea granada!

Y proyéctala inmensa en el Orbe
chorreändo sus turbias infamias,
cual matriz de la chusma rebelde
que incuba en su seno viril otra Raza!

¡Qué se empape de ella la Tierra,
los desiertos, los montes, las aguas,
los abismos, las *urbes*, los campos,
el día, la noche y el tiempo que pasa!

¡Que fecunde las mentes estériles,
y las flácidas ubres exhaustas,
y las yertas simientes sedientas,
y el óvulo exangüe de todas las savias!

¡Que enrojezca las fuentes salubres
do los héroes libérrimos sacian
la augural ardentía universa
que encrespa y hermana las viles *Canallas*!

Soñador: rutilante querube
de los cielos de todas las fábulas;
no confíes en dioses etéreos,
por lecho ni presa, talentos ni gracias.

La lanzada cruel de la envidia
te recuerde lo vil de la Casta;
y el tajante soslayo del odio,
que á rudas empresas prepare tus garras.

Pues es hora de ir por tu riesgo
—paladín de inefables cruzadas—
en honor de los nuevos derechos
que forjan los Pueblos rebeldes en armas.

¡Que el riënte gorjear de la alondra
te suscite amorosas nostalgias:
la infinita visión de las vírgenes
que en vano acicalan sus formas intactas!

No te pierdas, al precio irrisorio
de una breve pasión miseranda;
ni enajenes, por goces de un día,
augustos designios, tendencias preclaras.

¡Sé tú mismo tu guía terrestre,
cumplidor de tu propia enseñanza,
voluntad depurada en crisoles
de férrea experiencia, á prueba de lágrimas!

¡Que del piélago ingente del Kosmos
reasumas la luz increada,
y mejor que el llameante Zodiaco
tus hombros sustenten la antorcha de tu Alma!

En el silencio de la espectativa algunos soñadores descienden de sus torres. Los más, parecen no haber oído nada.

El último de los Desconocidos ha desaparecido.

A poco, las Muchedumbres tornan á sus antros, y los mineros á sus minas.

El Abismo resuena con los lejanos Cantos Augurales.

Luego, en la quietud mortuoria del promontorio estalla una formidable explosión...

El ambiente se espesa, se arremolina, gira en vértigos catastróficos.—y durante largo tiempo todo es caótico, fantasmal..

Entretanto, de todos los estratos del Abismo, continúa la labor niveladora...

De precipicio en precipicio, hasta el remoto lecho donde llamea el fuego central es un eterno rodar de víctimas humanas...

¡Caen, caen, caen!

¡HACIA LA HUMANIZACIÓN!

« Según el derecho divino, Dios ha hecho á los pobres y á los ricos del mismo barro, y una misma tierra los sustenta. Suprimid el derecho de los emperadores: ¿quien osará decir: Esta ciudad me pertenece, este esclavo es mío, esta casa es mía? »

«San Agustín.»

Cierta tarde pluviosa, errando por los ventisqueros del Abismo el espíritu del Ultimo de los Desconocidos llegó hasta el extremo de uno de sus más bajos estratos.

Un hedor de esqueletos corrompidos, de carroñas putrefactas subía del fondo de las húmedas tinieblas, impregnándolo todo de sórdidas pringosidades.

Por doquiera, en las cavernas y en los antros, en los huecos de los árboles y bajo los luctuosos ramajes, vibraba el sordo laborar de los rampantes homúnculos. El rumor monótono de las ergástulas fabriles de las ciudades subterráneas.

Con su poder de *videncia* el Último de los Desconocidos veía agitarse la Humanidad de los desheredados, el piélago misérrimo de los infer-hombres, como los hormigueros que avienta la electricidad.

Veíalos, los más corrompidos por la ignorancia, borrachos de inercia, podridos de cansancios hereditarios, decrépitos de miseria y abyección.

Los menos, agitados por los soplos inefables de la altura, con sus psiquis embrionarias, sus pupilas aún semiveladas por los antiguos sopores, y el andar tambaleante de los prematuros...

Con sus sentidos cuasi inactivos; sin garras y sin alas. Constreñidos á un perpetuo manoseo de cosas inmundas y horripilantes.

Obsesionados por la inmediación del Abismo. Encorvados en los pozos de su propia fecundidad; acarreando petróleos y cosechando el fruto de los olivares, cuya luz no gozarían nunca; buscando vetas cuyo metal tendría un destino para ellos desconocido; sumergidos entre el zumo hervoroso de los lagares, cuya deliciosa ambrosía haría luego la delectasión de los ociosos Señores del Orbe; amasando la ardua levadura terráquea para las cosechas y las vendimias del porvenir.

Y al par, terraplenando los precipicios, nivelando las pétreas abruptuosidades de la Vida...

¿Subiendo ó bajando? ¡Nivelando, nivelando!

Entonces, ante aquella visión de las tinieblas, el Último de los Desco-

nocidos, elevando su faz lívida de órbitas vacías hacia las privilegiadas alturas del Abismo, comenzó á apostrofar á las invisibles Potencias Expoliadoras:

Oíd Potentados....

Si fecundo como el mar
Y como el mar uniforme
Parece el pueblo conforme
Con su eterno laborar,
Es infame prolongar
Su lúgubre continencia
Y su jobiana paciencia,
Hoy que todo se reforma
Se multiplica y transforma
En el crisol de la Ciencia.

¿Qué la suave «evolución»
La forjan los más audaces?
¿Qué las clases más tenaces
Se apoderan del timón,
Y marcan la orientación
Al agregado social?...
¿Qué en el mundo Occidental
Siempre ha pasado lo mismo?
¿Qué á las clases del Abismo
Les basta con lo Ideal?

Nuestra cultura moderna
Es obra griega y romana;
Es semítica y cristiana,
No ïnmutable ni eterna!
El hombre de la Caverna
Es nuestro padre ancestral;
Y todo el haber social
Y la sapiencia heredada
Es potencia acumulada
Para bien universal!

Existen diversos modos
De avalorar las naciones
Y las civilizaciones
Surgidas de los exodos;
Yo observo en los pueblos todos
Su tiempo de trabajar,
De dormir y de soñar.
¿Les absorven los negocios?

¿Disfrutan de nobles ocios?
¿A qué destinan su ociar?

Porque el devenir humano
No ha de ser árduo ni bajo;
Si vivir es gran trabajo
Se es esclavo de un tirano.
¿O acaso es un sueño vano
La inefable libertad?
¿Qué gesta la humanidad
En su taller de experiencia?
¿Es impotente la Ciencia
Contra tal necesidad?

Se vive para vivir
Y no para vejetar;
Trabajar por trabajar
Es vejetar, es morir.
La Vida sin porvenir,
Sin cambio ni ociosidad,
Sin arbitrio ni equidad
No merece ser sufrida.
Hay que emancipar la Vida
De mucha Fatalidad!

Nuestra Especie es razonable?
Tiene sensibilidad?
O es pura animalidad,
Inconscia, pueril, instable?
¿Es acaso irrealizable
La sociedad libertaria,
Sin Canalla tributaria
Sin miseria, ni abyección?
¿La plena *Humanización*,
Científica y solidaria?

Y en tanto que el apóstrofe revolucionario,—asciende en flamijeras espirales de interrogaciones, hasta desvanecerse en el remoto azur,—de todos los estratos del Abismo continúa la trágica labor niveladora...

De precipicio en precipicio, ruedan las palpitantes avalanchas de los vencidos hasta desaparecer en el negro pozo central.

Caen, caed, caen!

LA «CIVILIZACIÓN»

«Confundios en un beso, Multitudes. Y que ante ese beso se humille el Universo entero.»

Versos de SCHILLER en la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

SIEMPRE errando por los malditos círculos, ora subiendo ora bajando,—el Ultimo de los Desconocidos—llega á una capital babélica, rodeada de ciudadelas, parapetada de bastiones, erizada de armas mortíferas é instrumentos de guerra.

Las torres de las catedrales dominan la inmensidad urbana. Los bronces de sus campanas dan á los vientos sones de fé, de esperanza, de sumisión y de idealidad utilitarias.

Las dianas de los cuarteles, las gozosas fanfarrias de los regimientos, los alertas de los centinelas de las cárceles. los ayes y los fétidos olores que salen de los hospitales,—todo llega distinto y unánime—á los doloridos sensorios del Rápsoda.

Y la melopea bárbara de los martillos sobre los sonantes yunques, el rabioso silbar de las raudas locomotoras, el fragoroso estruendo de las fábricas, las mil y una resonancias de la «civilización», le inspiran acres inquietudes, virulentas sátiras.

Ve á las Multitudes, encorvadas, desde antes del alba, hasta entrada la noche, sobre sus innumerables labores parcelarias.

La bestia autómata, con el brazo rígido, las pupilas fijas, la faz sudorosa, la respiración suspensa, las vísceras ávidas, la ideación ausente, sin amor, sin reposo, sin vigor, sin alma! Trabajando, sudando, degenerando! ¡Qué horrible vida! Y ¿para qué? ¿para quién?

Luego recorre los vastos boulevares, las desiertas plazas, las tortuosas catacumbas, las repletas necrópolis, los callados conventos, toda la monumental, solemne, absurda y esclavócrata capital.

Y en vano busca,—entre los millares de casas alineadas y numeradas á lo largo de sus calles,—la puerta entreabierta, la alegre tabla redonda, el lecho pulcro y halagüeño, los brazos abiertos, los sonrientes labios amorosos de las bellas del hogar hospitalario, donde reposar de sus peregrinares, libre de las polvorientas sandalias, de la túnica polvorienta, del arpa tempestuosa, del añoso báculo y de las pesadillas trágicas!

Y extremecido de espanto, vibrante de indignación, ante tan inicua munificencia y tanta honorable hipocresía, el Ultimo de los Desconocidos ruge á la chusma sumisa y atónita de aquella Siberia «civilizada».

Ten pudor

Bajo la bota del Amo
Que vive de tu sudor,
Pueblo, que canto y que amo;
¡Ten pudor!

En las basilicas sacras
Donde ora tu Señor
Jamás, exhibas tus lácras;
¡Ten pudor!

Si te encuentras sin abrigo
Sin hogar y sin favor,
Sé todo, menos mendigo;
¡Ten pudor!

¡Parásito cuartelero,
Autómata del valor
Que asesinas por dinero;
¡Ten pudor!

Rufian de la cosa agena,
Político mercator
Condenable á la Gehĕna;
¡Ten pudor!

Mozuela de barrio bajo,
Maniquí de mostrador
Que anemia el sobre trabajo;
¡Ten pudor!

Dómine de rostro serio,
Astuto, como el peor,
Que lucras con el Misterio,
¡Ten pudor!

¡Joven, de faz amarilla,
Pestífera del Amor,...
Que ruedas de villa en villa;
¡Ten pudor!

¡Vieja, salida de quicio,
Beata de hondo fervor
Qué especulas con el Vicio!
¡Ten pudor!

Villanesco que concilias
    El interés y el amor,
Y ríes de mis homilías;
    ¡Ten pudor!

Chusma vil que glorifico
    Con numen libertador,
Tal serás, mientras haya un rico;
    ¡Ten pudor!

Tal serás, mientras protervo
    Alguien sorba tu sudor;
¡Oh, Chusma! ¡oye mi Verbo!
    ¡Ten pudor!

Alza rugosa y augusta
    Tu frente de luchador,
Y si te amaga la fusta,
    ¡Ten pudor!

Por tu prole innumerable,
    Por tu destino ulterior,
Por tu fuerza incontrastable,
    ¡Ten pudor!

Aturdidas por el vocear profético del Rápsoda. las Multitudes vánse dispersando como un enjambre de abejas aventado por el huracán.

Jamás han oido un Evangelio igual. Huyen temblando de infamia, de odio, de pavor.

Algunos harapientos recogen las líricas simientes del Revelador. Las fecundan durante los largos insomnios y las feroces vigilias, en la incubadora calenturienta de sus almas.

Y en perseverantes balbuceos aprenden á recitarlas á sus míseros hermanos de fatiga, de causa y de habitáculo.

En tanto que, de precipicio en precipicio. por sobre las erizadas ciudadelas y los magníficos acueductos, los cadáveres de los vencidos continúan rodando, rodando hacia el abismo central...

Caen, caen, caen!

VISIÓN DE AMORES

Y

CUACAREO DE ÁNIMAS

«Reniego de vosotros ¡oh fantasmas Olímpicos!.
Solo estoy contra vosotros.
Os paresco; mas soy más grande que vosotros porque soy Hombre y vosotros sois únicamente Dioses.»

Juliano, en *La Muerte de los Dioses*, por D. DE MEREJKOWSKI.

VISTEIS la Caverna de los Ídolos en los cenagosos valles natales del Revelador?

¿La imponente Caverna de los Ídolos, donde el incienso de las plegarias humea, de las mentes lugareñas, como una ofrenda perenne de inconsciencias cuotidianas?

¿Conocéis la Caverna, donde el Hambre, el Frío y el Dolor de las hormigueantes criaturas sub-humanas llenan los terroríficos ámbitos con vapores de angustias, oleajes de suspiros y relentes de lágrimas?

¿Conocéis la Caverna misteriosa, donde el Absurdo oficia de pontifical.

Y las pequeñas hipocresías y las ponzoñosas sugestiones y las pomposas conveniencias simulan los viejos gestos rituales, y el cuacareo de las añejas fábulas?

He aquí que el errante Cantor de las *Rapsodias Revolucionarias* girando de círculo en círculo y de estrato en estrato por el ingente Abismo, torna á los cenagosos valles natales.

La campana tutelar de la Caverna, llama. llama, llama....

El, recuerda conmovido sus inmortales sones.... Es toda su infancia, su adolescencia, la que vibra en la voz de la Campana.

El pasado incierto que revive; la visión del hogar, las festividades religiosas y patrióticas; la amistad, el amor, los ensueños de gloria, los auspicios del genio, los nerviosos afanes, la luz de las pupilas, el sol, la ociosidad!

¡Oh, la invisible Sirena que arrulla dentro de los graves campanas! ¡La Sirena con alas de Quimera que acecha las horas del desaliento, los días de la desesperanza, las noches de pena, los instantes de soledad! ¡Oh la alada, la esfíngica, la melosa Sirena! ¡Cómo sabe susurrar, en los más sordos oídos, las muelles condescendencias, los óptimos arrepentimientos, el veneno armonioso de las supersticiones y de las tolerancias!

¡Cómo difunde sus potentes opios, su letárgico cloroformo, sus tóxicas tizanas!
¿Quién, en la aldea, no acude al sacro reclamo de la Campana?

* * *

Las bellas del contorno todas festivas, se encaminan á la solemne Caverna. Es un desfile de distinción, de belleza, de gracia...
Crujen, entre sus blancas manos, las suntuosas polleras, las líricas enaguas, el frou frou de las sedas, de los encajes y de las gasas.
El espíritu del Ultimo de los Desconocidos, pensativo, las contempla como Orfeo ante las rondas de las bacantes.
La Campana familiar, llama, llama, llama....
De pronto, pasa Aquella, á la cual el Revelador ofrendara un día, la miel de sus panales, los búcaros de sus laureles rosa, el Graal de su crisol.
Ella le orla con un halo de amorosas recriminaciones. Le interroga, en una multiplicación vertiginosa de asombros y nostálgias. Le ilumina con la doble antorcha de sus ojos. Le acaricia con sus llamas.
¡Y pasa!
El Revelador la sigue. Entra tras Ella en la funeral Caverna.
Y mientras la Imposible, postrada de hinojos en su reclinatorio, rinde culto á la antigua demencia, mientras la Caverna, toda, resuena con el monótono cuacareo de las postradas ánimas, el Revelador tiene como un sudor de sangre.
Y gime entre borbotones de ayes:

Brasa mística

Llega hasta mí, felice, sugestiva
La ternura nupcial de tu presencia
En la sombra del claustro pensativa;
Y así recordaré tu faz votiva
En la flor de su blonda adolescencia.

Llega hasta mí el murmurio de tus preces,
El quedo rozamiento del rosario,
Y el soplo de beätas languideces
Cuya esencia embriagara tantas veces
Mi corazón y el místico santuario.

Y un nudo de satánica agonía
Sofoca mi ternura, cuando pienso
En cuanto nos separa ¡vida mía!
¡Oh estrella de una obscura idolatría!
¡Oh brasa del altar y del incienso!

EL NUEVO CANTAR

(Emancipados: gozad y multiplicaos.)

A. V.

Un día, el Último de los Desconocidos, asciende á una de las plataformas del Abismo.

Por todos lados, la sorda labor formicular de las Canallas va transformando el lúgubre panorama.

Los precipicios disminuyen, las vertientes se suavizan, los antros se apenumbran, la inmensidad trueca su salvaje aspereza en melancólico páramo.

La flora pestilencial comienza á desaparecer ante la irrupción de una flora más salubre y clorofiliana.

La noche ya no es eterna. Hay sus claro-obscuros boreales, sus auroras inesperadas. Y alguna que otra vez, como un mensaje sublime, un breve pantallazo de sol puebla el Abismo de extremecimientos dorados.

El Revelador tiene como un éxtasis ante el laborear madrepórico de la doliente Casta.

Inclina su espíritu en el pozo Central; escruta el avance de la santa función niveladora.

Por todos lados la *Voluntad de llegar á ser* moldea las fatalidades ambientes. preside las fecundaciones, virtualiza los gérmenes. llena los ínfimos trilobites humanos de agudas percepciones y perseverancias titánicas.

Como una boa que cambia de piel, el Abismo cambia de forma, de dimensiones y de aspecto.

Asume un carácter simpático, de sobrehumana fortaleza, de consciente arquitectura, de severa grandiosidad.

Un espíritu de justicia, de solidaridad, de sacrificio, va eslabonando la infinita cadena viviente que sube y baja, ondula y se enrosca, gira y se distiende sin reposarse jamás.

Lleno de tal miraje el Revelador penetra en una de las cabañas que pueblan la vasta plataforma.

Una pareja de enamorados le recibe con muestra de respeto y admiración.

Ella, parece un fruto primerizo de la cosecha futura, con su cráneo magnífico, su busto y sus caderas de joven titánida.

El, evoca uno de esos tipos dantescos que se retuercen en las *Puertas del Infierno* de Rodin.

Ambos tienen la franca sonrisa, el radioso mirar de los amantes.

Se aman, lejos de las convenciones y de las falsas leyes de los hombres.

Le invitan á participar de su mesa, de su lecho, del calor y del fuego de su hogar.

Luego, ambos enamorados le piden un salmo de amor, de esperanza y de posteridad.

Y ante el alto misterio de aquellos dos Destinos confluídos en la misma parábola revolutiva, el Ultimo de los Desconocidos recita el nuevo Cantar de los Cantares.

Epitalamio

En el almohadón rosado
De tu pecho virginal,
Dulcemente reclinado,
¡Cuántas veces he soñado
En una prole inmortal!

Latía tu corazón
Como un picaflor, veloz;
Y era tal tu emoción
Que daba la sensación
De que velabas á un dios.

¡Oh, mi reina Citerea,
Flor votiva de Himeneo!
¡Que el fruto de mi deseo
Genial y ascendente sea
Cual un nuevo Prometeo!

El ritmo de amor fecundo
Vibre en tus sacras entrañas.
¡Que en su misterio profundo
Nazca un redentor del Mundo
Soliviador de montañas!

¡No importa que no nos quiera,
Como á los suyos Jesús;
Ni que escarnecido muera
Por alguna gran Quimera
En alguna nueva cruz!

¡Ojalá lleve su cuervo
Bien prendido al corazón,
Para que el dolor acerbo
Haga rugir á su Verbo
Con sublime indignación!

Que sobre sus hombros muestre
—Como antorcha humanitaria—
Una cabeza terrestre
De noble centauro ecuestre
Digna de su estirpe ária.

Que la Justicia celebre
Bodas de oro con su ser,
Y el numen le dé su fiebre
Para que sea el orfebre
De tan grandioso deber!

¡Qué en las modernas campañas
De los derechos humanos
El fruto de tus entrañas,
Cual cóndor de las montañas
Se nutra de los tiranos!

Que crezca meditabundo
En la lid y en la fatiga;
¡Que palpe el horror del Mundo,
Y sienta el afán fecundo
De la cruz: ¡*Conciencia obliga*!

¡Mesías, vate y atrida
Del Trabajo y la Equidad;
Que luche toda su vida
Por *la tierra prometida*
De la libre Humanidad!

LA MUERTE DEL RÁPSODA

Sors tua mortalis, non est mortale quot optas.

OVIDIO, *Met:* II, 56.

ALGUIEN se queja en la sombra de los derruídos pinares, al borde del Abismo, bajo la negra Montaña.

Allí, por donde ha rodado uno de los peñascos más abrupptos que los mineros aventaran.

Alguien se queja en la sombra de los derruídos pinares.

¿Quién será el dolorido?

Presto, la multitud le circunda. Su cuerpo no se percibe bajo el enmarañamiento selvático de los hendidos árboles.

Sus extraños quejidos conmueven el corazón de la ruda Canalla.

¿Quién podrá ser el que se queja así?

La Multitud, silenciosa aparta los seculares troncos derruídos por el peñasco.

A poco, la faz del Ultimo de los Desconocidos, pálida y ensangrentada vislúmbrase bajo las negras ramas.

Mil temblorosas manos recojen el cuerpo inerte y la cabeza augusta del Rápsoda.

La mala nueva, difundida por los ecos del Abismo y el plañir de los irredentos, vuela de antro en antro, de precipicio en precipicio, hasta los lejanos valles natales y el negro pozo central.

Todos abandonan su faena, su miseria, su dolor. Nadie labora más.

Por doquiera, es un hormiguear de homúnculos en marcha, en enjambrazones descendentes, ascendentes, convergentes, hacia la vasta pradera en que, bajo el Genio de los Subterráneos, las Muchedumbres velan quizá el último sueño del Ultimo de los Rápsodas...

Son millones de negras larvas, vistos desde la cumbre lateral de la Montaña.

Millones de negras larvas que aguardan, aguardan, aguardan...

Arriba, los señores del Orbe se preguntan sorprendidos. *«¿Y esa chusma? ¿qué le ocurre que no trabaja?»*

Así transcurren el día y la noche.

Luego, el Revelador es incinerado á la manera antigua, con los ramajes de los gemebundos pinares que le mataran.

Y la grandiosa pira, ilumina por largo tiempo los inmensos contornos pululantes de Muchedumbres, las fauces de más en más estrechas del Abismo y el vientre monstruoso de la Montaña.

Y como si de sus pavesas renacieran nuevos Reveladores—antes de que la pira funeraria se extinguiera, como una nave que naufraga en alta mar devorada por las llamas,—la pradera retumba con el tronar de inesperados Desconocidos.

Y la voz de uno de ellos, lenta y magestuosa, fraternal é inspirada ante la dolorida asamblea de las Canallas,—entona un himno nuevo de amor y de confraternidad:

Invocación

I

I

¡Oh Gaya Morgana mía,
Madona de Poesía
Del rito sentimental,
Que ciernes tus altos sueños,
Como albátros zahereños,
Sobre las sirtes del Mal.

II

Felice sea la Gracia
Que plugo honrar mi desgracia
Con la gloria de tu don,
Cavando en la mente viva
La eximia fuente votiva
De tu eterna inspiración.

III

Sin tí, yo habría caído
En la Gehenna, vencido
Por la furente Anánké;
Forzado de la existencia,
Corsario de la demencia
O mercader de la Fe!

IV

Rampando como un endriago
Con la fiebre del estrago
En las pupilas sin luz,
O encojiéndome villano
Como un sinuoso gusano
Para ascender sin mi cruz.

V

Ante el Kósmos enemigo
Hubiera sido un mendigo
Del crear y del sentir;

Job, rico tan solo en podres,
Bebiendo en añejos odres
Las heces del devenir!

II

VI

¡Oh, Gaya Morgana mía,
Surtidor de poesía
Cuyo ritmo ascensional
Bajo el astro de la Ciencia
Tornasoló mi conciencia
Y sublimó mi ideal!

VII

Felice, bendita seas
Nodriza de mis ideas
A quien debo lo que soy:
Como madre me enseñaste,
Como amada me inspiraste,
Siempre augusta ayer como hoy.

VIII

Recuerdo en la adolescencia
Tu primer iridescencia
En la penumbra interior,
Do la efigie de ¡una bella
«Desnuda como una estrella»
Me iluminara de amor.

IX

Recuerdo tus magias todas
En las citas y en las bódas
Del gozoso imaginar;
Las divinas apoteosis,
Y las geniales neurosis
Que apareja tu gozar!

X

Cómo trocabas las cosas
De fútiles en grandiosas,
Y vice-versa también;

Satanes en Prometeos,
Nimbos de espina en trofeos,
La propia Tierra en Edén!

III

XI

Só el lodo que le encadena
El bulbo de la azucena
Emerge un tallo triunfal,
Que, como incensarios de Eros
Florece sus pebeteros
De una blancura nupcial.

XII

Asi también, alma mía
Emergió tu poesía
Del lodo del corazón,
Cubriendo la herencia fiera
Con la inmortal primavera
De tu inmortal floración.

XIII

Por tí, yo he sido el beluario
Del gran reino originario,
Daniel del foso interior,
Domador de los leones;....
Y aĕda de las naciones
De ĕstro emancipador.

XIV

Por tí he dado á las almas
Como el polen de las palmas
La *buena nueva* augural . .
Que contiene los fermentos
Y los grandes pensamientos
De la redención social.

XV

Con flamíjeras estrellas
He ido encendiendo en ellas
El fuego de la Verdad;

Y en la alta noche sombría
Les he indicado la vía
Inmensa, de la Equidad.

IV

XVI

Para hundir los tabernáculos,
Y derribar los oráculos
Del Absurdo y el Error;
Para arrasar la Ignorancia
Y difundir la abundancia
Del Trabajo y del Amor.

XVII

Para hacer de los humanos
Libérrimos ciudadanos
Paladines del Deber;
Para infundir en sus pechos
Los primordiales derechos
A la Vida y al Placer.

XVIII

Para acelerar las fases
De la antrofagia de clases,
La miseranda doblez;
Para acabar en la Tierra,
Con el culto de la Guerra
Que estimula el interés.

XIX

Para volar las montañas
De prejuicios, las entrañas
De toda fatalidad;
Para incendiar los abismos
De los viejos fanatismos
Que hienden á iniquidad.

XX

Para que cada conciencia
Opere al sol de la Ciencia
Su propia transmutación·

Y al astro que la redime
Done, en ex-voto sublime,
Su postrer superstición.

XXI

Para sanear de inquietudes
A las sucias multitudes
Que aherroja la injusta Ley:
Para levantar las frentes,
Para redimir las mentes,
Para emancipar la grey.

XXII

Para dar nuevos destinos
A los yermos campesinos,
Y á la ergástula—taller:
Para que alegren los cielos
Los nupciales *ritornelos*
Del liberto y la mujer.

XXIII

Como el viento entre las palmas
Fecundaré nuevas almas
Con el polen augural...
Qué contiene los fermentos
Y los grandes pensamientos
De la redención social.

XXIV

Con flamígeras estrellas
Seguiré encendiendo en ellas
El fuego de la Verdad;
Y en la alta noche sombría
Iré indicando la vía
Inmensa, de la Equidad!...

V

XXV

¡Oh, mis réprobas Canallas,
Carne vil de las batallas
Emponzoñada de alcohol!

¡Galeotes del Bien fecundo,
Sin más amparo en el Mundo
Que la justicia del Sol.

XXVI

Cristos, que vais por la Vida
Sangrando de alguna herida
Muriendo de algún pesar;
Vagabundos, harapientos,
Torvos, sombríos, hambrientos,
Sin Dios, ni Patria, ni hogar.

XXVII

Yo encresparé las mareas
De vuestras rojas ideas
En ímpetu ascencional,
Hasta que el último icono
Ruede del último trono
Como un espectro infernal.

XXVIII

Soplaré en vuestro marasmo
El Simoun de mi entusiasmo
Que ora es Odio y ora Amor,
Hasta que alcéis las cervices
De estos crepúsculos grises
En un alba superior.

XXIX

Sentiréis eternamente
Como el fragor de un torrente
Que se derrumba en el mar,
Confundirse eternamente
Mi clamoreo rugiente
A vuestro enorme ulular.

VI

XXX

A la cárcel y al destierro
Llegará el ¡*desperta ferro!*
De la ansiada redención,

Cuando arroje todo siervo,
El explosivo del Verbo
En bombas de inspiración.

XXXI

Gloriosos consagraremos
El fecundo *¡laboremos!*
En acuerdo universal:
Nueva vida, nuevos soles,
Nuevos padres, nuevas proles,
Nuevo y magno el Ideal.

XXXII

Sobre el nuevo Mundo en cuajo,
Nuevo Mundo del Trabajo
De la Ciencia y la Equidad,
Vibrará en su real belleza
La sublime *Marsellesa*
De la libre Humanidad!

La Montaña ha surgido del Abismo; el Abismo surgió con la Montaña.
Se apartaron simultáneamente y simultáneamente se unirán.
El Abismo será la fosa de la Montaña. Y ambos desaparecerán en la nueva y eterna transformación.
Y alrededor de la Tabla Redonda de la Tierra habrá sitio y asiento para todos.
Y nadie será más alto que nadie, por poderes extrínsecos, por ajenos ó heredados privilegios.
Todos alcanzarán la máxima altura de su Personalidad, en el aire sublime de los plenos desarrollos.
Y el mérito de cada cual será el de su propia potencialidad.
No habrá más sedes de cabecera. Estas residirán allí donde se encuentren los Grandes del Intelecto y de la Voluntad.
Tales serán las únicas y supremas cabeceras de la futura Tabla Redonda de la Humanidad.

De los ex votos.

Á AQUELLAS QUE ALGUNA VEZ AMÁRAMOS, Á LA SORDINA «PIANÍSSIMO», EN LLAVE DE «FLIRT».

Ut ameris, amabilis esto.

OVIDIO.—*Art Amat.* II, 107.

Rosa ignea

Su älma era la rosa de un jardín encantado,
Las auras de los cielos la oreaban al pasar,
Vírgenes misteriosas de rostro enmascarado,
Con ojos incendiarios solíanla admirar.

En las noches azules, bajo el palio estrellado,
Un ruiseñor la daba su lírico cantar;
Y en las albas doradas el lucero nevado
Imprimía en su boca sus labios de azahär.

Mas, una noche blanca y tibia como ninguna,
En que la roja rosa sonreía á la luna
Dulcemente arrullada por su fiel ruiseñor

Una chispa de fuego ¡ay! cayó en su nectario,
Y cual la brasa ardiente de un místico incensario
Desde entonces la rosa se consume de amor.

Suele turbar...

SUELE turbar su místico sosiego
Una visión de amores, soberana,
Cuyas pupilas de sidéreo fuego
Y cuyos labios de risueña grana

Aún le hacen revivir, con sobrehumana
Videncia, aquel como episodio griego,
Que su impetuosa juventud lejana
Colmó en un mutuo y delirante ruego.

A veces la visión es tan jocunda
Que un sudor espasmódico le inunda,
Y el alma le agoniza de placer;

Así reina el Amor en su memoria,
Mas él suele decir con vanagloria
Que lo que más desdeña es la Mujer.

Magüer de tantos labios

MAGÜER de tantos labios que he besado
De blancas rosas, crisantemas de oro,
Mi amor llega hasta tí, puro y sonoro
Como un champagne bullente y perfumado.

Pues fueron sus idilios del pasado
Como filtros de Angélica á Medoro,
Crisoles de experiencia, en que el tesoro
Del alma, se ha fundido y sublimado.

Hoy, el vino glorioso de mis viñas
Sonríe en las miradas de las niñas
De tus pupilas, ebrias de pasión.

Mañana, si eres comprensiva y buena,
Como en la copa pectoral de Helena
En la tuya pondré mi corazón.

Y juntos gustaremos la excelencia
Del vino del Placer y de la Ciencia.

¡Oh, lírica Eleonora...

En la mórbida y leda tristeza vespertina
Haz despertar el piano de su silencio grave
Y en un gentil preludio, divinamente suave
Vibre tu voz magnética cual una aura divina.

Modula el aria aquella del sacro Palestrina,
Póstuma y mecedora, que ya ninguno sabe;
Y esfuérzate ¡oh canora! porque tu canto acabe
Como una serenata que pasa en la neblina.

Quiero rociar con lágrimas mi adolescencia ida,
Quiero dar por tus labios mi adiós de despedida
Mi adiós á mis veinte años, para jamás mi adiós;

Y junto con la onda postrer de la armonía
Besar tu blanca frente de lucero del día
¡Oh lírica Eleonora, consolatriz de Nos!

Como una copa llena...

Después, conversaremos mientras la noche avanza,
Verterás tus ensueños en mi desolación,
Cabe mis desalientos izarás tu esperanza
Y sobre el alma enferma pondrás tu compasión.

Dirás las plenitudes de tu áurea venturanza
Como una Sulamita, junto á mi corazón;
Y harás porque reviva, al sol de tu alabanza
La zarza hecha ceniza de mi última ilusión.

Yo evocaré entretanto mi vida solitaria,
La eterna trashumancia, la fiebre visionaria,
La flagelante angustia del Mazzepa genial.

Y otra vez, en la dulce tristeza vespertina,
Haré que me embriágue tu garganta divina
Como una copa llena de néctar musical.

Prerrafaelista

LORELEY, Loreley, mi eximia vecinita,
Pálida como un novi-lunio crepuscular;
Tu frente es un poema, tu boca una fresita,
Y el fuego de tus ojos me suele hacer soñar.

¿Sabes? me hechiza verte, bizarra y exquisita
Con tu peinado arcaico—gloria del boulevar—
Como una deliciosa visión *prerrafaelita*,
Erguido el busto artístico, felino el noble andar.

Tu cuerpo es una rítmica—ánfora de ambrosía
Que un gay felice orfebre moldeara cierto día
Para que contuviera tu adolescencia en flor.

¡Y ya quien sabe cuantas ternuras transitorias
Han puesto en el exergo genial de tus memorias
Só cada nueva efigie, el *¡Vincit!* del Amor!

Affiche

YO la vi sonreir veladamente
—Una tarde al pasar,—en su balcón,
Y esgrimir su bizarro «impertinente»
Con una deliciosa distinción.

Otra vez, yo la vi, coquetamente
Insinuar su alevosa seducción,
Modelando sus formas de serpiente
Desde los regios flancos al talón.

Y desde entonces su triunfal silueta
De Tentadora, picaresca y maja,
Cruza por mis insomnios de poeta

Como una evocación de la Regencia;
Con su perfil artístico de alhaja
Y el «chic» de su adorable impertinencia!

Feliz

FELIZ el conquistador
Que con arte sorprendente
Merezca el regio presente
De tu glorioso impudor.

Feliz el sabio en amor
Cuya elocuencia vehemente
Cubra el mármol de tu frente
De un insólito rubor.

Feliz aquel que algún día
Susurre en tu oído: «¡mia!»
Con indecible emoción;

Aquel que unido á tu suerte,
Surque la Vida y la Muerte
Corazón con corazón.

A Salomé

RECUERDAS, cuando ensayabas
La «Sapho» de Massenett,
Y después, cuando danzabas
Para mí solo, el *minuet*?

Recuerdas, cuando rociabas
De besos la rosa thé,
En tanto que me mirabas
Con ojos ebrios de fé?

¿Recuerdas el tiempo aquel.
Las lecturas del «Ariel»
De Schélley en tu «boudoir»,

El coloquio largo y solo
Como Francesca y Paólo
En el dantesco Cantar?

¿Recuerdas el tiempo aquel,
Oh blonda, como la miel?

Macabra

En lo hondo del corazón
Hay una estancia cerrada
De cuyo rojo aldabón
Pende una cinta enlutada.

Yace allí la efigie helada
De mi última pasión,
En su féretro velada
Con un sombrío crespón.

Y Ella, sin saber nada,
Ni ver la cinta enlutada
Que anuncia su defunción

Suele golpear, inocente,
En esa capilla ardiente
Que tengo en mi corazón!

Cómo solías tú...

Despertéme obsedido
Por una sombra azul
Que me hablaba al oído,
Cómo solías tú...

Llovía suavemente,
Y en la noche sin luz
Sentí besar mi frente,
Como solías tú...

¡Oh! que ansiedad más loca,
Que inefable inquietud,
Cuando sorbió mi boca
Como solías tú...

Cuando se echó en mi lecho
Y me clavó en su cruz,
Y me adurmió en su pecho
Como solías tú...

El no quería pedir

El no quería pedir
Nada al Dios desconocido,

Ni siquiera un elixir
De amor, ambición ú olvido.

Poco dábale el vivir
Como hasta entonce aburrido,

Menos dábale el morir
Pues nada le era querido.

¿Quizás habría nacido
Con el don de no sentir?

¿Quizá le habría perdido
En un supremo sufrir,

Bajo el arco de Cupido
O en un Leteo de Ofir?

Yo lo que puedo decir
Es que vivía aburrido;

Y que solía reír
De sí, con doble sentido...

Mas, no quería pedir
Nada, al Dios desconocido!

Animula mística

REMEMBRANZAS penserosas
De un ensueño irrealizado,
Como pétalos de rosas
Que los soles han quemado.

Incierta melancolía
De un hondo dolor sufrido,
Que prolonga su agonía
Como un pájaro en su nido.

Nube rósea, peregrina
De un cariño que se aleja,
Y en la napa cristalina
De su origen se refleja.

Soñación crepuscular
Junto al río mecedor
Que se encamina á la mar,
Como la vida al dolor.

Mirada última y vaga
De una agónica ilusión
Que busca, como una daga
La vaina del corazón.

Poësía del pinar
Grave, triste, suave y fluída,
Que dice el viento al pasar
Como un éco de la Vida.

Onda de oro, sol inmenso
De la potencia creadora,
Que al porvenir da su incienso,
Y á las cegueras su aurora.

Blancas aves, manos finas
Que en los teclados erraron,
Despertando peregrinas,
Los arpegios que inspiraron.

Postrer sonrisa grabada
En la boca de una muerta,
Como una joya olvidada
En el dintel de una puerta.

Frágiles ramos de encantos
Que la juventud tejió,
Y marchitaron los llantos,
Y la vejez deshojó.

Aureos astros redivivos
De un firmamento moral,
En el cerebro cautivos
Como un tesoro irreäl.

Afanes indefinibles
De ambición y de ternura:
Cuanto humea de imposibles
La pipa de la Locura.

Rojo cráter, brasa bella
De un entusiasmo fecundo,
Que al llamear cual una estrella
Rayo á rayo alumbra el Mundo.

Aroma de flor marchita
Dentro de un libro vedado,
Que en memoria de una cita
Conservan los que han amado.

¡Oh la ardiente persuasión
De unos labios miel y grana,
Que en un beso de pasión
Colman la música humana!

Oh, quejas del goce breve
Que el alma al destino lanza,
A trueque de hebras de nieve
De náusea y desesperanza.

¡Oh, que grato es expresar
A algunas, el propio duelo,
Como los tumbos del mar
A las estrellas del cielo!

Y cuan la pasión es loca,
Débil, la Naturaleza,
Cuando se ofrece una boca,
Y se entrega una belleza.

¡Ah! de tu ensueño, te ruego
No bajes, lograrlo abisma;
Haz cual la brasa de fuego
Que se consume á sí misma.

Pues tras la delicia vaga
Vendrá la desilusión,
Y el asco, como una daga
¡Te partirá el corazón!

Como inmortales faros

Aunque cierre los ojos te ve mi fantasía,
Aunque me hunda en la noche no te puedo olvidar,
¡Oh lirio inmarcesible, visión de poesía!
¡Oh sombra de mi sombra, soñar de mi soñar!

Como inmortales faros velan la vida mía
Tus ojos que atesoran toda la luz del día
Los cambiantes del iris y el misterio del mar.

¡Oh inmarcesible lirio, visión de poesía,
Aunque cierre los ojos te ve mi fantasía,
Y aunque me hunda en la noche no te puedo olvidar!

Epístola Sentimental

I

Si tú me comprendieras
    Yo te amaría
Con un encanto lleno
    De poesía.

Te haría versos suaves,
    Y rimas bellas
Cual los juegos de luces
    De las estrellas.

Y gallardos poemas
    De apoteosis
En las horas geniales
    De mis neurosis.

Grabaría en mi numen
    Tu faz querida
Cual lucero del alba
    De mi otra vida.

Soñaría en mirarme
    Constantemente,
En las flores que alumbran
    Bajo tu frente.

II

Pondría con la gracia
    Volátil de Banville
En tu alma, como gema,
    El mío y tu perfil.

Un gozoso consorcio
    De extra natura
Sería el de mi Ingenio
    Con tu Hermosura.

¡Qué emoción de emociones
    Me embargaría,
Al oir en tus labios
    Mi poësía.

¡Qué silencios más llenos
De dulces cosas!
¡Qué embriagueces de triunfo
Maravillosas!

Reclinada en mi pecho
De amante Asís,
Besaría tus sienes
De flor de lis.

Tu fluvial cabellera
Tenebrosa y alada,
Tu frente de Quimera
Y tu boca encarnada.

En mi diestra de nieve
Tus dos manos de rosa,
Opreso el talle breve
Como una mariposa.

III

Iríamos sonrientes
Por la playa sonora
En los rojos ponientes
Y al dorar de la aurora.

Erraríamos lentos,
Los ojos soñadores
Llenos de pensamientos,
Y el corazón, de amores.

La multitud celosa
Nos vería pasar;
Pareja más dichosa
No se podría hallar.

Como un orfebre regio,
Mago del Gay Saber,
Haría un florilegio
De tu alma de mujer.

En mi reino ensueñado
De cenobiarca
Tu serías la Laura
Y yo el Petrarca.

Como en la copa aquella
Del mágico Graäl
En tu beldad de estrella
Pondría mi Ideal.

Serías casta ó lúbrica,
    Según mi inspiración;
Llevarías mi rúbrica
    Sobre tu corazón.

Reflejarías todo
    Cuanto quisieras
Con mi auténtico modo
    Sin que supieras.

Como liana de seda
    Entirsarías
Mi existencia socrática,
Con tus brazos de Leda
Tu sonrisa lunática,
Y las sierpes sombrías
De tu testa selvática.

Tal serías mimosa,
Exquisita preciosa,
Por mi amor transformada;
Con tus manos de rosa
Tu carita nivosa
Y tu boca encarnada.

Al mar del Plata

FELIZ, oh mar del Plata! que has logrado
    Lo que jamás pudieron mis anhelos:
Verla acudir á la primera cita
Y desnudarse al borde de tu lecho.

Feliz, rival amigo que has logrado
Mecerla en tu columpio gigantesco,
Y besar, con el ritmo de tu oleaje,
Las ondas voluptuosas de sus senos.

Feliz, triunfal sultán que has circundado
De nupciales espumas sus cabellos,
Y has puesto el ceñidor de tus caricias
A la estatua flotante de su cuerpo.

Yo se de un mar interno y solitario
Más grande que el más grande de los piélagos,
Más puro más azul y más profundo
Donde Ella nunca mecerá sus sueños!

En silencio...

SUELE recordar á veces
Haber sido en otro tiempo
Cantor de elegias de oro
Y penserosos *allegros*.

Suele también escuchar
En boca de compañeros,
Romances que dicen suyos
Y á él le saben á ajenos.

Pues que narran tales cosas
Como jamás se sintieron,
Y describen ígneas ansias
Más absurdas que el Infierno.

Todo ello en ritmos bizarros
Muy ingeniosos, muy bellos,
Con imágenes felices
Y egregios refinamientos.

Pero vacíos de älma
Ausentes de sentimiento,
Como toques de campanas
Tañendo á boda ó á entierro.

Y ël se dice á sí mismo
Cuando recitan sus versos
En presencia de la dama
Lilial de sus pensamientos:

«¡Poësía, Poësía,
Santa Cecilia del Verbo
Bajo cuyas manos canta
El armónium del Ensueño;

¡Oh madona de los éxtasis!
Arpa eolia del deseo,
En cuyas cuerdas palpita
El älma del Universo;

Sé buena con tu hijo pródigo,
Perdona sus vanos yerros,
Haz que merezca tu gracia
Su grande arrepentimiento.

Ya que el dulce sagitario
Del Amor llegó de nuevo,
—Con flechas iridescentes
A äsaetear certero,

Al nostálgico aguilucho
Torvo, nómade y sangriento
Que al nacer aprisionaron
En la jaula de mi pecho;—

¡Oh, madona de los éxtasis
Santa Cecilia del Verbo,
Haz que para siempre olvide
Las ficciones de otros tiempos!

Haz, que el pobre desterrado
De los espacios inmensos,
De las nevadas montañas
Y los azules océanos,

Demuestre á su predilecta,
En la jaula de mi pecho
Como un ciego, sordo y mudo
Sus amores, en silencio...

Nunca más...

AQUELLA noche de bodas
    En tu soberbia mansión
Tus amigas fueron todas,
    Tus amigos..., menos yo.

Deslumbrarían las gemas
    De tu tocado falaz,
Y el nimbo de blancas yemas,
    Y el regio velo nupcial.

Palpitarían las pomas
    Pectorales de tu ser,
Como dos blancas palomas,
    Por algo que no diré...

Alguna angustia inefable
    Acaso te poseyó,
Cuando el dómine impecable,
    Echóles su bendición.

Ningún estremecimiento
    Quizá se te percibió;
Pero allá en tú pensamiento...
    Pero allá en tu corazón...

Sonreirías sirenaica
    Mintiendo un aire feliz
Como una vestal arcaica,
    Elegida entre diez mil.

Deslumbrarían las gemas
    De tu tocado falaz,
Y el nimbo de blancas yemas,
    Y el regio velo nupcial.

II

Aquella noche de bodas
    En tu soberbia mansión
Tus amigas fueron todas,
    Tus amigos..., menos yo.

Ha poco, nos encontramos,
    ¿No recuerdas dónde fué?
Apenas nos saludamos,
    Tú muy grave, yo también.

Después..., pasaron los meses
    Sin volvernos á encontrar;
Yo pensaba muchas veces:
    ¿Nos veremos? ¿Nunca más?

¿Núnca más? ¡Qué desenlace
    De una tal intimidad!
Y me mordía la frase
    Como á Póe: ¡NUNCA MÁS!

Oh, que sufrir tan profundo
    Con el recuerdo fatal,
Preguntando á todo el mundo
    Como un niño: ¿NUNCA MÁS?

Y algunos que comprendían
    De mi alma la ansiedad,
En secreto me decían:
    «Ella le ama», «busquelá.»

Pero los más se alegraban
    Con una risa jovial,
Y como el cuervo exclamaban:
    «Caballero: ¡NUNCA MÁS!»

Y las sombras de la noche,
    Y las brisas de la mar,
Y las cosas familiares
    Repetían: ¡NUNCA MÁS!

«Nunca más», me perseguía
    Por doquiera, sin cesar;
Hasta en sueños siempre oía
    Como un loco, el ¡NUNCA MÁS!

¡Cuántas veces desolado,
    Disparábame al azar,
Como huyendo del malvado,
    Del horrible: ¡NUNCA MAS!

Y aquella que no se nombra
    Complacíase en mi mal,
Pues su sombra era mi sombra
    Que evocaba el ¡NUNCA MÁS!

III

Hasta que un día cansado
De tan horrible obsesión,
Dí en pasar, embozado
Por la calle de mi amor.

Y al ver la casa cerrada
Y enlutado su aldabón,
Tuve una corazonada
Al pensar: ¿cuál de los dos?

¿Cuál de los dos? y subí
Ebrio de un afán atroz;
Si era El ¡qué frenesí!
Si era Ella ¡qué dolor!

Y cuando le ví tendido,
Con su lividez mortal,
Por tres veces al oído
Susurréle el ¡NUNCA MÁS!

Y cuándo toda enlutada,
Ella al fin dejóse ver,
Y con su doble mirada
Arrodillóse á mis pies;

Yo, sin saber lo que hacía
O sabiéndolo quizá,
Repetí como solía:
¡¡Nunca nunca, nunca más!!

El lujo

(DE J. M. GUYAU)

Entró al anochecer; le traía las joyas
Que Ella ansiaba lucir. Puso en la carne viva
Del brazo el brazalete, y sobre sus cabellos
La régia «aigrette» zafírea de cabrilleos lilas.

Los ojos de la bella florecientes de goce
Como dulces zafiros radiaban sin cesar;
Y ostentaba—entreabiendo su corpiño de seda—
Enroscado el collar de perlas de Ceylán.

Miróse en el espejo cual nunca embellecida,
Cambiando de actitud, riĕndo como loca;
Y tactando el estuche decía: «¡Qué locura!»
Y sus ojos pedían el precio de las joyas.

Pues en tales objetos la belleza y el precio
Van al par. El callaba; por la abierta ventana
Subían del camino los múltiples murmullos
De la ciudad fabril y la labor humana.

Exhaustos hombres rudos jadeaban en las fraguas,
Algunos albañiles oscilando en los aires
Subían una escala. Y siempre en su garganta
Las perlas cabrilleaban cual ondas de los mares.

El, con su pulcra diestra mostróle un pobre hombre
Que encorvado subía llevando en sus espaldas
Una piedra: «¡Observa! agotará su vida
Esclavo, sin ganar el precio de esta alhaja.»

Ella tembló de orgullo. Y pareció más bella
Sonriendo bajo el nimbo de suave resplandor;
¿Y quién, por la sonrisa de sus labios, no hubiera
Vertido á manos llenas el oro y el sudor?

Un capricho de niña la poseyó en la noche:
No quiso desprenderse del mágico collar
Ni el áureo brazalete. Con su regio tocado
Felice adormecióse. Y comenzó á soñar.

¡Qué sueño tan extraño el sueño de la bella!
Todas sus joyas ígneas quemaban, y en su pecho
Las perlas se agitaban á modo de aguas-vivas;
Y el brazalete de oro le estrangulaba el hueso.

De pronto hacia la patria remota de sus piedras
Vióse en un loco vuelo febril arrebatada;
Primero fué la blanca crepuscular Siberia,
Bajo el *knout* gemían innumerables parias.

Sus doloridos dedos desenterraban algo,
Era el triunfal zafiro en sus cabellos riente...
Luego cambiaba todo; el mar só el claro cielo
Rodaba sus oleajes llenos del sol de Oriente.

Un hombre se inclinaba en las purpúreas aguas,
Y del inmenso mar se hundía en lo profundo;
Y cuando le sacaron la sangre le inundaba
La faz, y bajo el sol jadeaba moribundo.

Y apercibió la bella, entre sus yertas manos,
La perla del collar que en su cuello lucía;...
Y en su terrible sueño, los tumbos del oleaje,
Mezclábanse á los ayes del hombre que moría.

Después, fué un sordo y lúgubre ascencional murmullo
La voz de todo un pueblo hambriento y desolado
Que por satisfacer la gula de sus dueños
En una ciega empresa se aniquilaba en vano.

«Ah! si nos fuera dado fecundizar la tierra;
Producir laborando, sudando cosechar;
Mas nuestro esfuerzo estéril acrece la miseria
Pues en vez de nutrirnos agrava nuestro mal.

¡Maldito sea el trabajo que análogo á la llama
Devora nuestra vida y la esparce al azar;
Maldito el lujo vano, las modas de las damas,
Causas de nuestra eterna mortal necesidad!»

Este clamor subía de innumerables pechos;
Ella se despertó. Pálida, con sus manos
Desabrochó el collar, le contempló en la sombra,
¡Y creyó ver brillar llantos cristalizados!...

¡Invocación!

Trágicas musas mías, Euménides rugientes
Que enloqueció la Vida con su indecible horror,
Llenad las almas todas de fiebres insurgentes,
¡Verted, verted la roja ponzoña del rencor.

¡Irritad, irritad los nervios de las gentes
Que pudren en el ocio, que aplasta la labor;
Envenenad la sangre de todos los conscientes,
¡Verted, verted la roja ponzoña del rencor!

Puesto que á la Natura háceros mías plugo
Lograd que los sumisos deshielen su sopor,
Dad fuerzas al esclavo para trozar su yugo,

Haced de cada paria su propio redentor;
Y para que en el Orbe no quede ni un verdugo
¡Verted, verted la roja ponzoña del rencor!

A un Precursor

Á ALMAFUERTE,
PAMPERO DE LA LÍRICA
CONTINENTAL.

Non curarti se molti gridano il nome tuo, e non t'intendono, o fratello;
Io non grido il tuo nome, ma t'intendo;
Io ti noto con gioia per salutarti e per salutare quelli che sono con te, prima e dopo che tu fosti, e quelli che verranno;
Poichè noi lavoriamo insieme per trasmettere il medesimo compito e l'eredità medesima,
Noi, pochi, eguali, non curanti di regioni, no curanti di tempi,
Noi, compassionevoli, intendenti, vincolo fra gli uomini.
Udiamo il chiasso e il vocio, siamo attaccati da tutte le divisioni, recriminazione e gelosie, d'ogni lato,
Pur avanziamo franchi, liberi sopra la terra intera, su e giù, finchè avremo segnata la nostra orma indelebile sul tempo e le diverse ere;
Finchè avremo saturato di noi il tempo e le ere; sicchè gli uomini e le donne di tutte le razze e delle età avvenire, diventino amanti e fratelli come noi siamo.

WALT WHITMAN, *Canti Scelti;*
A colui che fu crocifisso.

A un precursor

CHIMBORAZO tronador
Del numen continental,
Cráter inmenso, fanal
De brillo enceguecedor,
¿Por qué tu vasto clamor
No atruena la inmensidad?
¿La super Humanidad
Bien no vale un cataclismo?
¡Si eres la voz del Abismo
Anuncia la tempestad!

¡Ah! Si en tu enorme cantar
Aunando los elementos
Aullaras como los vientos,
Gimieras como el pinar
Si supieras remedar
En tu cósmico cordaje
La grandiosa vibración
De la selva y del oleaje,
El ronco fragor salvaje
De la mar y el aquilón.

Tu canto no es wagneriano
Magüer sus magnos tesoros;
No hay dúos, tríos ni coros
En tu clamor sobrehumano.
Eres el bardo pampeano
Lleno de un vago humanismo,
Cultor del misoneismo;
Y si por la Chusma, penas,
Crees trozar sus cadenas
Con opio de misticismo!..

Tú traes de un mundo muerto
El perturbante zahumerio;
Utopías del misterio
Que halagan al más despierto.
Pontífice de lo incierto,
De lo dudoso y lejano,
De lo eternamente arcano,
De lo que nunca sabrás,
Vives mirando hacia atrás
Ajeno al trajín humano.

¿Recuerdas, oh solitario,
Magestuoso soñador,
El indecible fervor
Con que acudí á tu Calvario?
¿Cómo iba de ofrendario
Mi nómade corazón
En busca de inspiración
De arte augusto y de Ideal?
¿Recuerdas, bardo genial,
Mi emoción y tu emoción?

Augustas noches aquellas
En la ciudad desolada
En que iba á las estrellas
La unánime llamarada
De nuestra fiebre sagrada.
Coloquios de poesía,
Juegos de la fantasía,
Arte de hacerse mejor,
¡Oh mágica epifanía
De mi adolescencia en flor!

(Cuando andaba tu nación
—Mesalina callejera
Manoseada por cualquiera
Villano rufián ó histrión,
Estalló tu indignación
Como cráter torrencial
Contra la pestilencial
Putrefacción de la altura:
Y aún tu yambo perdura
Como los de Juvenal.)

Nos conmueve la belleza
De tu arduo individualismo;
Tu Niágara de idealismo,
Tu austeridad, tu nobleza;
Celebramos la grandeza

De tu vivir solitario,
El prometeano Calvario
En que tu orgullo se inmola,
¡Y te ceñimos la aureola
Del prócer y del beluario!

Tú ĕres mi precursor:
Eres plegaria, blasfemia,
Unción, delirio, hiperhemia,
Soberbia, piedad, dolor.
Con redobles de tambor
Fluye tu sangre arterial;
Te imaginas sin igual,
Apóstol de toda gente;
Lapidario, iridescente,
Volcánico y zodiacal.

No has podido inocular
Como una potente savia
El estracto de tu rabia
En la linfa popular;
Ni häs sabido soñar
En tus horas de utopía
Una era de armonía
En que réprobos y electos
Serían los predilectos
De la futura Icaría.

Tu Musa es hiedra que oprime
El tronco del Ascetismo;
Hiedra de borde de abismo,
Inaccesible, sublime.
En vano jadea y gime
Por ascender á la cumbre
Sin alcanzar la vislumbre
De la ilusión que la inmola;
¿Qué haría, mórbida y sola
Lejos de la muchedumbre?

Sueles sufrir la obsesión
Del dolor y el hambre ajena;
Tu alma es un alma llena
De piedad y compasión.
Por ello tu inspiración
A veces ruge enconada
Contra la infame majada
Que recojida en el ocio
Sólo piensa en el negocio
De folgar y no hacer nada.

Tu pones de manifiesto
Las llagas y los errores,
Las vilezas, los horrores
De nuestro tiempo inhonesto.
Tienes el arte y el gesto
De exponer y concretar,
Y el genio de fulminar;
Ignoras las soluciones
De las modernas «cuestiones»:
Tú admiras ¡Yo hago temblar!

Tu Musa en parte es cristiana,
Ascética y retraída;
Mira con asco la Vida,
Sin fe, sin amor, sin gana.
La mía es libre y humana
Solidaria fraternal,
Y subjetiva y mundial,
Por la Ciencia redimida,
Rebelde tiranicida,
Compleja y emocional.

En tí palpita algo inmenso
Como la luz sideral,
Mirra en flor, beäto incienso,
Armónium de catedral.
Mas, te hechiza lo ancestral;
Por la fé transfigurada
Tu inspiración retrograda
Al establo de Belén;
La absurda Hierusalén
Te atrae, como una amada.

Tu Verbo truena y retumba,
El mío relampaguea;
Monocorde el tuyo zumba
Cual colmenar de la Idea.
Tu tardo numen procrea
Cosas que häcen soñar.
Mi Verbo es aurisolar
Como el padre de los Orbes;
Absorbe lo que tú absorbes,
Y sabe profetizar!

Yo soy el bronce augural
De retumbante badajo,
Que anuncia el alba triunfal
De las greyes del Trabajo.
Campana de germinal,

Verbo de las redenciones,
Cuyos formidables sones
En arrebato, de guerra
Atruenan, la sorda Tierra,
Despertando corazones.

Cuyos ecos como obuses,
Redimen á los galeotos,
A los ingentes é ignotos
Arrastradores de cruces;
Para que gocen las luces
Que ennoblecen la existencia,
Y perezca la inconsciencia
Madre de la esclavitud,
Y sea honor y virtud
La irreligión de la Ciencia.

En medio de la metralla
Del cuotidiano guerrear
¿Qué supistes predicar
Á la trágica canalla
Que sufre, labora y calla?
Te soñaste defensor,
Mesiánico redentor
De la excomulgada Casta:
¡Ni fuistes iconoclasta
Ni fuistes reformador!

¿Hasle arrancado la venda
De alguna superstición?
¿Le has dado alguna lección
Sapiente para que aprenda?
¿En qué ha variado su senda
Desde que escucha tus cantos?
Tú le hablas de sus quebrantos,
Jamás de su redención.
A veces tu inspiración
Es *Réquiem* de campos santos!

¿Y hemos de seguir así,
Como los parias de antaño
Sin que ningún zahorí
Augure el feliz buen año?
Que nadie se llame á engaño
Ni á regalada quietud;
La soberana virtud
Es toda cooperación;
Hay que hacer del corazón
Tabla redonda y laúd.

Ya, los réprobos no van
A prosternarse en los templos;
Anhelan otros ejemplos,
Dejan á Cristo por Pan.
Ormuz destierra á Arhimán
De la tradición familica;
El alma se vuelve idílica
Lo propio que el corazón.
La Natura es la basílica
De toda Humanización.

Mas, el Pueblo ha menester
Iluminar su ignorancia;
Ser todo perseverancia
Para al fin llegar á ser.
Conciencia, audacia, saber,
Y heroica impetuosidad.
La humana prosperidad
Es mujer, ama á los bravos;
¡Mientras existan esclavos
Nadie tendrá Libertad!

Yo no predico el sermón
De la fe ni del sosiego,
Ni enseño el cobarde juego
Que llaman resignación.
Proclamo la libre unión,
La «buena nueva» ascendente
Entre la *perduta gente*
De cada Infierno social.
Si mi canto es infernal
También lo ës el presente.

Canto de clase marcial
Que combate por la Vida,
Himno de casta aguerrida,
Solemne salmo coral;
Alarido universal,
Marea de antiguas penas,
Explosiones de cadenas
Que van subiendo, subiendo,
En tempestuoso *crescendo*
Como el mar por sus arenas!

Envío

Por el amor de la Tierra
Abrazaos como hermanos
¡Oh siervos de los tiranos!
¡Oh víctimas de la guerra!
Por el amor de la Tierra,
Del sol, de la libertad,
Del saber, de la equidad,
¡Alegrad con vuestros cantos
Los mundiales campos santos
De la vieja Humanidad!

¡Atreveos! ¡Atreveos!
Formad los nuevos Zodiacos
¡Oh plebeyos Espartacos!
¡Harapientos Prometeos!
Ecce-homos: ¡atreveos!
Clamad, rugid, aprestaos,
Relampaguead, rebelaos,
A sangre y fuego imponeos.
Ante el rojo perihelio
Os anuncio mi Evangelio:
¡*Miserables, atreveos*!

Oda á las dos Subjetivas

A la aurisolar SOROR.

Tu, o feminilità divina, signora e sorgente di tutte le cose, d' onde scaturiscono vita e amore, e qualsiasi cosa che porta seco l' amore e la vita.

W. WHITMAN, *Il canto dell' albero del legno rosso.*

Oda á las dos Subjetivas

Dos huríes más bellas que las más bellas ánforas,
Dos nupciales querubes vibrantes como arpas,
—Blondas como las llamas de los cirios pascuales,
Como los cirios, blancas,—
Sonríen en la tienda nómade del Ensueño
Donde el moderno Job cura sus viejas llagas.

La tentadora Cipris y la celeste Lumen,
La Beatriz eterna, la eterna Lindaraja
Gloriosas le sonríen:
Dos huríes más bellas que las más bellas ánforas.

Sus sonrisas alegran la soledad mortuoria
Como los soles dobles que en lo infinito pasan.
A su luz el desierto florece sus mirajes,
El interior desierto que nunca, nunca acaba,
Más vasto y asfixiante que todos los desiertos
Por donde van los pueblos en luengas caravanas.

La tentadora Cipris y la celeste Lumen
Gloriosas le sonríen;
La üna con sus labios, la otra con su älma:
Dos huríes más bellas que las más bellas ánforas.

Y el ululante aeda,
El formidable paria,
Que audaz interlocuta con la Ananké que rige
Las Potencias Arcanas;
Que extrae de las cosas los míticos sentidos,
E intuye el gran secreto de la universa Maia;
El lívido leproso de Verbo que remeda
La voz del Aquilón sobre las marejadas;

Cuya lírica evoca
El fragor de los cráteres y de las cataratas;
El rápsoda augural «devorador de hambres
Y bebedor de sed», cual todos los «schandalas»,
A las dos Subjetivas que le sonríen, canta:

La terrestre Cipris

¡Oh! Venus de Anacreonte de Epicuro y Boabdil!
Palmera de suaves dátiles en el desierto olvidada
Que guardas, en blando estuche,
El inmortal vellocino del Deleite y del Nirvana;
Con ser tú la más amable de las terrestres deidades
Tu reino no es de este Mundo, de este Mundo que es tu patria.

En vano dicen que animas, moléculas y Universos,
En vano sensibilizas y coloras la substancia;
Tú, no imperas en el Orbe, no alegras los corazones:
Los tristes hombres te ignoran, te ignoran las tristes Razas.

En vano brindas tus frutos á las viles muchedumbres,
En vano entreabres tus brazos á la canalla que pasa,
En vano aromas el ámbar nupcial de tu cabellera
Y purificas tu cuerpo en ablución cuotidiana.

¡Oh! Cipris de piés veloces que Pan atrapó en la selva
Y á quién Silvano ofrendara sus caramillos de caña;
Cipris de gesto halagüeño para los férvidos faunos
Y los garridos efebos y los magestuosos Atridas!
¡Oh Cipris, conquistadora de insignes conquistadores,
Musa de las poetizas, diosa de las cortesanas,
Errante en la lejanía fabulosa de la Arcadia,
Cabe las islas de Jonia, los cármenes medioevales
De la florida Granada,
Los serrallos del Oriente y los oasis de Arabia!

¡Cipris, tornada del fondo luctuoso del ostracismo,
Cipris sin nobles cortejos de hieródulas sagradas;
No ya ostentando la augusta desnudez de la apoteosis
Sinó vestida de sedas, con corsé, y hasta enguantada!

¡Cipris, cubierta la testa con un bizarro penacho!
¡Cipris, ornada de joyas como una hetaïra bárbara!
¡Cipris, velando la olímpica magnolia de su semblante!
¡Cipris, teñida y con dote, casamentera.. y cristiana!...

¡Tú, convertida en la Clara que amó el seráfico Asis,
La Clara del *Florilegio*, mimosa ardiente y beata;
En la felina Lucrecia que alió la sangre de Cristo
Con las mieles del Himeto y el falerno de Campania!

Tal eras, brasa votiva de místicos incensarios,
Maravillosa custodia de doble lente vedada,
Más ígnea que los rubíes de incandescentes reflejos
Que acribillaban el sol que hace prosternar las almas.

Tal eres, en lo objetivo nauseante de nuestro tiempo,
En las variedades múltiples de la vida cuotidiana,
En el hogar, en la calle,
En los lechos, en las aras,
En las telas y poemas, los mármoles y pentágramas.

¡Tal eras y eres aún, para los «civilizados»
Y preclaros *pieles blancas*,
Qué llevan, como un oprobio, los atributos viriles,
Y la espantosa ignominia de amar... como todos aman!...

Tal eres tú, ¡*Venus Victrix*! cúpula de las especies,
Prodigio de la Natura, obra maestra pagana,
Apenas si comprendida
En los heróicos Infiernos de raros *Decamerones*,
Y en las tórridas antípodas donde supuran mis llagas.

Favorita de los dioses, por los dioses redimida....
Liberta la más paciente entre las fieras humanas,
Los atavíos no igualan tu desnudez sacrosanta,
Ni las prisioneras zebras de tus golosas pupilas,
Ni la expresión pigmaliónica de tu boca ensangrentada,
Ni los rosados pompones de tus muelles pectorales,
Ni la adorable molicie de tus flancos de sultana;
¡Oh Cipris tangible y mía!
¡*Domus aurea desolada*!

La celeste Lumen

LUMEN, celeste Lumen,
Encarnación perfecta de la intuición innata;
Noble porfirogénita de brujas y sibilas,
Heredera exquisita de vestales y magas;
De todas las «posesas» que fueron ascendiendo
—Por la infelice escala

Del hórrido Ascetismo—
A los radiosos éxtasis, á la inasible gracia».
De cuantas retorcieron
Sus míseras entrañas,
Para extraer de ellas el virus demoníaco,
La postrimer partícula de su fecunda savia:
Esponjas fosforentes
Del congelado acuario de la «virtud» cristiana.

Lumen, celeste Lumen,
Virgen omnisidérea
En quien el sexo adquiere ïdealidad de estatua.
Cofre de cinamomo lleno, de esencias finas,
Capaz de perfumar la podre de mil llagas;
Columna luminosa
Que orientas en la noche la errante caravana.
Ornato de los pórticos, madona de los claustros,
Temis de los pretorios, egida de las plazas;
Musa del ocio noble y la gentil sapiencia
Privilegio de *eupátridas*;
Orgullo de los Cínicos, gesto de los Estoicos,
Brisa de la Academia, «ironía Socrática.»
De las *Mil y Una Noches* austeras de la Ciencia
Radioanímica lámpara.

Espíritu volátil que todo lo penetras,
Ritmo relampagueante, neurona inexplorada,
Que creas las sublimes corrientes intuitivas,
Los *géisseres* geniales de altísima ideocracia.

Flora, carbón, diamante, polvo, calor y lumbre,
Lumbre, calor y flora, incombustible brasa,
Que alumbras, á tu hõra, ya lenta ó de improviso,
Las grandes vocaciones y las empresas magnas.

Madreperla de imágenes, joyel de inspiraciones
Que duplicas el Kosmos, forjas el Superhombre,
Y en la mundial barbarie ïnstituyes la Acracia.

Tal me apareces tú
A la diestra del alma;
Coronadas de insómnio, las lunáticas sienes,
Con la banda del Iris al pecho atravesada,
En la actitud de aquella que sabe y que confía,
Y la sonda del Genio en todas las miradas.

Tal como te soñaron los antiguos videntes,
—Budhas y Zoroastros
De nuestra estirpe ãria;—

En las noches azules en que la altura ríe,
Las selvas fosforecen de fúlgidos insectos,
Los ríos asordinan el fluir de sus aguas,
Y en los silentes valles los ecos se adormecen
Junto á las fatigadas y mudas caravanas.

Tal como te soñaron los líricos Orfeos
En las albas doradas,
En que la Tierra entreabre los labios de sus flores,
Y una emoción augusta hacia la luz nos alza.

Lumen, celeste Lumen, ¡Oh, cuan bella es tu frente!
Tu frente, más sublime
Que los horizontes de las montañas.
Lírica y anchurosa
Ascensional y pálida:
Blancura boreäl y sensitiva
Tersura floreäl y aristocrática.

¡Bien haya el alto pórtico del templo de los templos.
Blasón inaugural de la sapiente heráldica,
Escudo de los nuevos torneos humanistas,
Pantalla de Aladino de las modernas lámparas!

¡Como la media luna para los musulmanes,
Como la cruz del Gólgota para la fé cristiana,
Es para mí, tu frente, de zodiacal blancura,
Insignia de idealismo, lábaro de entusiasmo,
Flor de perseverancia!

Almohadón de las ínclitas quimeras,
De las tremendas pesadillas, lápida;
Lírica y anchurosa
Ascensional y pálida:
De la nave intangible de tu cuerpo,
Insignia capitana!

Grácil como Selene.
Como Selene clara,
Cruzas sobre los locos vaivenes de mis horas,
Sobre los torbellinos anárquicos del alma,
—Grácil como Selene
Como Selene clara—
Sobre los horizontes sombríos de la Tierra,
Sobre las pantomimas sin fin de los homúnculos,
Y los hirvientes mares que encrespan las borrascas.

¡Oh voluptuosa Cipris! ¡Lumen paradisial!
No me digáis: «¡*Elige, decídete, separa!*»

Jamas me susurréis:
¿A quién de Nos más amas?...

Predilectas y ûnicas
—Tú, sol de mis sensorios, tú, luna de mi ânima—
Las dos me sois vitales,
Inseparables ambas.

¿Quién pudiera fundiros
En una sola estatua,
Sensitiva y parlante
Jovial y sobrehumana?

¡Yo os glorifico!
Id por la inmensa Tierra ¡Pasad de raza en raza
Con vuestras dos Efígies impresas en el oro
Amonedado y regio de mis sonantes cláusulas!

Reverdeced perennes los altos optimismos,
Viveros cerebrales de ubérrima esperanza.
Enseñad á los hombres el juego de la Vida
Por y para la Vida, no para sus fantasmas.

Desterrad de Occidente los últimos fermentos
De la demencia hebraica:
La ilusión del «pecado»,
La «pobreza de espíritu» como suprema «gracia»,
Y el craso excepticismo, la ociosidad eunuca
Que el Eclesiaste enzalza.

Sed las Evangelistas del renacer humano
En el triunfal deshielo de la barbarie atávica.
Enseñad el divino ärte de la Sonrisa
A los marchitos labios babosos de plegarias.

¡Id, transformadlo todo, cread el porvenir,
Aunque olvidéis en ello, aquel que os adorara,
Y os consagró su ciencia, su ingenio y sus amores
¡Ay! antes que os nacieran vuestras solares alas.

Alba Iris

Á LA MÁS MAGNÉTICA DE LAS BRUNAS ANADIOMENAS.

J'ai marché devant tous, triste et seul dans ma gloire,
et j'ai dit dans mon cœur: ¿Que vouloir a présent?
pour dormir sur un sein mon fron est trop pésânt,
ma main laisse l'effroi sur la main qu'elle touche
l'orage est dans ma voix, l'éclair est sur ma bouche;
aussi, loin de m'aimer, voilá qu'ils tremblent tous,
et, quand j'ouvre les bras, on trombe a mes genoux:
o Douleur! j'ai vecu farouche et solitaire,
laisse-moi m'endormir du sommeil de la terre!

A. de Vigny.

Anadiomena, ven!

I

Tus ojos me embriägan, sus iris me acarician,
Eres la ardiente presa que mis labios codician;
Tus ojos me embriägan, sus iris me acarician.

Mi numen te cautiva, mi rebelión te aterra,
Eres la siempreviva del amor de la Tierra;
Mi numen te cautiva, mi rebelión te aterra.

Mariposa corpórea, abeja de elixir,
Chúpame, beso á beso, la náusea de vivir;
Mariposa corpórea, abeja de elixir.

Ven, si te sientes libre, ven si te sabes fuerte,
Libre para la Vida, fuerte contra la Muerte,
Ven, si te sientes libre, ven si te sabes fuerte

Juntos saborearemos la miel de tus colmenas,
Serás la favorita de todas mis sirenas;
Juntos saborearemos la miel de tus colmenas.

Almohada de mis sueños, aureola de mi sien,
Musa de los insomnios, Anadiomena, ven;
Almohada de mis sueños, aureola de mi sien.

II

Yo soy el más mimoso de todos los bulbules,
Anidame en tu pecho bajo los suaves tules;
Yo soy el más mimoso de todos los bulbules.

Mi médula está enferma del mal de los inviernos,
Caliéntala en la hoguera que avivan tus falernos;
Mi médula está enferma del mal de los inviernos.

Desde que te conozco, conozco la congoja,
Eres la electa mía, que tu pasión me acoja;
Desde que te conozco, conozco la congoja

Mi orgullo se evapora como los aljofares,
Al sol de tus sonrisas y tus luengos mirares;
Mi orgullo se evapora como los aljofares

Mi austeridad claudica, cuando tu voz me nombra,
Circé de veinte estíos y sombra de mi sombra;
Mi austeridad claudica cuando tu voz me nombra.

¿Qué quieres que te ofrende que ya no te ofrendara
Devoto ante tu busto de vívido Carrara?
¿Qué quieres que te ofrende que ya no te ofrendara?

Eres la electa mía de los Juegos Vitales,
Unamos nuestras almas como dos iniciales;
¡Eres la electa mía de los Juegos Vitales!

III

Yo alumbraré tus noches con mis videntes ojos,
Tú espasmarás mis nervios con tus chupones rojos;
Yo alumbraré tus noches con mis videntes ojos.

Pondrás las róseas palmas de tus felices manos
Sobre la frente augusta que espanta á los tiranos;
Pondrás las róseas palmas de tus felices manos.

Oirás en la alta noche el acordado son
De nuestros corazones, si tienes corazón;
Oirás en la alta noche el acordado son.

Con la triunfal madeja de tu casco de Imperia,
Sudario de afrodisia, mortajarás mi histeria;
Con la triunfal madeja de tu casco de Imperia.

Daremos los retoños de nuestra primavera
En holocausto egregio á la inmortal Quimera;
Daremos los retoños de nuestra primavera.

¿Quieres, pues que lo puedes, vivir la bella historia?
Tu serás la heroína, tuya será la gloria;
¿Quieres, pues que lo puedes, vivir la bella historia?

Eres la electa mia de los Juegos Vitales,
Unamos nuestras almas como dos iniciales;
Eres la electa mia de los Juegos Vitales.

Almohada de mis sueños, aüreola de mi sien,
Musa de los insomnios, Anadiomena, ven;
Almohada de mis sueños, aureola de mi sien.

¿Por qué?

Oh Natura! En la rubia mañana
Llena de arrullos y perfumes, llena
De sol, de vida, y de quietud amena,
Mi corazón se asoma á la ventana.

Todo rie, florece, se engalana,
Las nubes surcan la celeste arena,
Pájaros libres dan su cantilena,
Y el sol sonríe á mi primera cana.

¡Oh, Natura! Tú que juegas al juego
De la vida, forjador de Universos,
Cual yo, jugando al juego de los versos,

Forjo Quimeras que abandono luego;
¡Oh Natura. madre inmortal y arcana,
¿Por qué no me infundiste un alma sobrehumana?

Venus Futura

Musa del porvenir, Venus futura,
De casco de ámbar y ojos de berilo,
Quiero grabar tu lírica hermosura
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

Stella matinal, lis de la altura,
Como en su Paros la deidad de Milo
Deslumbrará tu blonda miniatura
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

Y si algún día invade la Amargura
El róseo estuche de tu hogar tranquilo,
Yo, gemiré de amor y de ternura
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

Perla del lago azul de la ventura,
Mientras el buzo Amor busca tu asilo
Me inspiraré mirando tu hermosura
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

En vano cavarán tu sepultura
Y la segur aguzará su filo;
Vivirás inmortal por tu hermosura
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

Copa de inspiración toda dulzura,
Lírica Isis del platense Nilo:
Te adorará la humanidad futura,
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

Musa del porvenir, Venus futura
De casco de ámbar y ojos de berilo,
Ven á admirar conmigo tu hermosura
En el diamante negro de mi estilo
Y en el negro joyel de mi locura.

El Cenobio

Es un cenobio austero. Las divinas
Hermanas le ilustran con su presencia;
El espiritu augusto de la Ciencia
Le anima con sus ansias minervinas.

No hay bronces ni cuadros. Las peregrinas
Horas no dan en él su evanescencia;
Ni en lunas de cristal, la Inteligencia
—Como una infanta real á sus meninas—

Sonríe á sus nostalgias penserosas;
Ni pájaros, ni flores, ni ofrendarios,
Ni bellos niños de riëntes labios

Sobre faldas de formas voluptuosas,
Sólo hay libros, manuscritos y diarios;
Y en medio del silencio de las cosas

Un pensador absorto en sus resabios
Y en su obra las arañas laboriosas.

Mas nunca pudo verse...

El ha visto en su vida media Naturaleza,
Con miradas sapientes y corazón de artista:
Auroras purpurales, ponientes de amatista,
Canículas de fuego y noches de turquesa.

Selváticos incendios de tropical belleza,
Sublimes panoramas *hasta perder de vista*,
Tempestades marinas, lo más bello que exista,
Cataratas y abismos de trájica grandeza.

Faunas y floras múltiples, pretéritas y actuales,
Naciones decadentes, magnas razas triunfales.
Y batallas de ruina y apoteosis social;

Las piedras más preciosas ¡oh pupilas divinas!
Las flores de las flores ¡oh bocas femeninas!
La luna, el sol, la muerte, la inmensidad astral:

Mas nunca pudo verse tan arduo observador,
En la mar de tinieblas de su *abismo interior*.

Las letanías á Satán

(De Baudelaire)

¡Oh tú, el más sapiente y hermoso de los Angeles,
Alto dios traicionado, sin ofrendas ni arcángeles,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Príncipe del destierro, sublime calumniado
Que vencido, te iergues, más que nunca indomado,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que lo sabes todo, rey de cosas arcanas,
Médico familiar de las penas humanas,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que hasta á los leprosos y al chusmaje sumiso,
Infundes la nostalgia mortal del Paraíso,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

¡Oh tú, que de la Muerte—tu vieja y fuerte amada—
Engendras la Esperanza, una loca adorada,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Sangre de los racimos, llama de los alcoholes,
Ojo de las tinieblas, corazón de los soles,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Sarna de los cobardes y cáncer de los falsos,
Entraña de los nobles, dogal de los cadalsos,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que sabes en donde de las tierras celosas
El viejo Dios oculta tantas piedras preciosas,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, cuya doble vista sabe los arsenales
Do yacen sepultados los preciados metales,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que flexibilizas los huesos del anciano,
Del ebrio que atropellan los potros del tirano,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que por consolar al hombre cuando sufre,
Le dotaste de sueño, de sal, de luz, de azufre...

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que imprimes tu sello ¡oh cómplice sutil!
En la frente del Creso, vano, implacable y vil,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que das á las almas de las jóvenes magas,
Amor por los harapos, devoción por las llagas,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Bastón de desterrados, lámpara de inventores,
Confidente de ahorcados y de conspiradores,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Padre genial de cuantos, en su cólera atroz,
Echó del Paraíso la venganza de Dios!

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Oración

Laudes y gloria á ti, Satán, en las alturas
Del cielo do reinaras, y en las rojas honduras
Infernales ¡oh padre! donde vencido callas!
Laudes y gloria á ti,—ángel de las batallas—
A quien la humana Estirpe reniega y desconoce.
Haz, que mi alma un día, cerca de ti repose,
Cuando sobre tu frente radiante de experiencia
Ardan los frutos de oro del árbol de la Ciencia!

El secreto

Tú, no sabes el secreto
Del último de los rápsodas;
Nunca sabrás la agonía
De sus noches desoladas.

Tú, vives la vida alegre
Del festín y de las danzas;
Nunca sabrás el horror
De sus noches desoladas.

Todo es cedro y mármol-rosa
En tu feérico alcázar;
Nunca sabrás la bohemia
De sus noches desoladas.

Te miman los terciopelos,
Las púrpuras y las gasas;
Ignoras la desnudez
De sus noches desoladas.

Canta, la canción del Oro,
El frou frou de tus enaguas;
Nunca sabrás la miseria
De sus noches desoladas.

Tienes hermanas, hermanos,
Madre, padre, Dios y patria;
Nunca sabrás la orfandad
De sus noches desoladas.

La Fortuna te sonríe,
Te sonríe la Esperanza;
Nunca sabrás la Amargura
De sus noches desoladas.

Los poetas cortesanos
Madrigalizan tus gracias;
Ignoras el miserere
De sus noches desoladas.

Pueblan tu mágica alcoba
Los mirajes de las Fábulas;
Nunca sabrás lo macabro
De sus noches desoladas.

En tus labios la Alegría
Ríe sus risas preclaras;
Nunca sabrás la Tristeza
De sus noches desoladas.

En tu hogar, todos se inquietan
Cuando suspiras, sin causa;
Ignoras el desamparo
De sus noches desoladas.

Tus sueños son deliciosos
Y muelles como tu almohada;
Ignoras las pesadillas
De sus noches desoladas.

Tú, glisas sobre la Vida,
Con audacias de sonámbula;
Nunca sabrás los naufragios
De sus noches desoladas.

Para tí, las bellas artes,
El placer y la elegancia;
Nunca sabrás los afanes
De sus noches desoladas.

Para tí, los suaves ocios,
Y la felice ignorancia;
Nunca sabrás los insomnios
De sus noches desoladas.

Nunca sabrás los terribles
Paroxismos que le exaltan;
Las congojas que le crispan,
El rencor que le arrebata;

Los espasmos creädores
Que arremolinan sus ansias,
En ímpetus demoníacos
Y en inspiraciones trágicas,

Como ondular de estandartes
Al viento de las batallas,
Como crepitar de selvas
Por los rayos incendiadas.

La miseria que le humilla,
La soberbia que le embriaga,
El genio que le liberta
Y á lo infinito le lanza.

Cuanto hierve y tronitúa,
En el cráter de su ălma;
Gime, solloza, blasfema,
Grita, ruge, impreca y clama.

¡Las Quimeras que le huyen,
Las Euménides que le aman,
Los Cíclopes que le acechan,
Los Espectros que le hablan!

¡Oh, mimosa Favorita
De existencia regalada!
¡*Moriturus te salutat*,
El último de los rápsodas!

Jamás sabrás el secreto
Del aëda, de la Casta,
De cuya labor provienen
Tu fortuna y tu arrogancia.

¡Jamás sabrás el secreto
De sus noches desoladas!

La Epístola del Ultra

I

PREZ de la Aristocracia, lis de los Gobelinos,
En homenaje á Nos quema tus pergaminos,
Prez de la Aristocracia, lis de los Gobelinos.

Ven, sellarán tu boca, plena de jugos acres,
Con siete sellos rojos—mis labios,—ígneos lacres
Ven, sellarán tu boca plena de jugos acres.

Tu voluptuosa falda será mi facistol,
Tus senos mis altares, tu valva mi crisol;
Tu voluptuosa falda será mi facistol.

Historiarán tu busto mis gnósticas succiones,
De heráldicos tatuajes y eléusicos blasones;
Historiarán tu busto mis gnósticas succiones,

Glisarán de tus ojos las lágrimas febeas
Como el gotear lumíneo de las antiguas teas,
Glisarán de tus ojos las lágrimas febeas.

Imperial, purpurísima,—la sangre de los Flavios,
Que ilustra tus arterias—florecerá en mis labios,
Imperial, purpurísima,—la sangre de los Flavios.

Tu lengua es la serpiente de alegres cascabeles,
Hincame su ponzoña más dulce que las mieles;
Tu lengua es la serpiente de alegres cascabeles.

Himen, Graãl helénico, hostia de las delicias,
Ofrenda al divo Orfeo tus cándidas primicias;
Himen, Graãl helénico, hostia de las delicias.

¡Mírame, Luna mía, yo soy el blondo Helios;
La Siringa de Pan ríe en mis Evangelios!
¡Mírame, Luna mía, yo soy el blondo Helios!

Sin tí, todo es hastío, banalidad, neurosis;
Contigo todo es arte, milagro, apoteosis,
Sin tí, todo es hastío, banalidad, neurosis.

¿Prefieres á las dulces canciones de Citeres,
Las místicas antífonas, los agrios misereres?
¿Prefieres á las dulces canciones de Citeres?

¿Dónde has visto á la Venus humillarse de hinojos,
Con las manos unidas é implorantes los ojos?
¿Dónde has visto á la Venus humillarse de hinojos?

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!
Ríe, mueca y danza como en las saturnalias,
¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!

II

¿Sabes la «Buena Nueva»? «*Los Dioses ya no existen*»,
Por más que los augures ¡ay! en negarlo insisten;
¿Sabes la «Buena Nueva»? «*Los Dioses ya no existen*».

Han muerto para siempre de muerte espiritual,
Y sólo resucitan en cada Carnaval;
Han muerto para siempre de muerte espiritual.

«*Los Dioses ya no existen*», cada cual lo es de sí,
Si te juzgas consciente debes creerlo así;
«*Los Dioses ya no existen*», cada cual lo es de sí.

¡El *Súper*, Dios de dioses, divinidad terrestre!
Nada hay que le supere; si hubiere ¡que se muestre!
¡El *Súper*, Dios de dioses, divinidad terrestre!

¡Somos los Sobrehumanos, las gemas de las gemas!
¡Supremos reflectores de las Razas supremas!
¡Somos los Sobrehumanos, las gemas de las gemas!

La Sublime Energía que vitaliza el Orbe
Nos yergue sobre el Todo—y luego nos absorbe;
La Sublime Energía que vitaliza el Orbe.

III

Himen, Graäl helénico, hostia de las delicias,
Ofrenda al divo Orfeo tus cándidas primicias;
Himen, Graäl helénico, hostia de las delicias.

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!
¡Ríe, muequea y danza como en las saturnalias!
¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!

Arda tu carne viva, llamee tu interior
Como el ara votiva de un templo del Amor
Arda tu carne viva, llamee tu interior.

Desdobla, quintaesencia, sublima tu Natura,
Glorifica tu sexo hasta la sepultura;
Desdobla, quintaesencia, sublima tu Natura.

Venus Anadiomena, maga de mis sensorios,
Juntos celebraremos los ritos amatorios;
Venus Anadiomena, maga de mis sensorios.

Mis insomnios perfume, tu hüsmo corporal,
Como el sándalo virgen al oasis natal;
Mis insomnios perfume, tu hüsmo corporal.

Sea el háschich feérico que exalte mis visiones,
Y el narghilé—tu boca - plena de tentaciones—
Sea el háschich feérico que exalte mis visiones.

En todas las pupilas en que Nos se ha mirado
Vióse empequeñecido cuando no deformado,
En todas las pupilas en que Nos se ha mirado.

Carbunclos, esmeraldas, lapislázulis fieles,
Busco los Ojos Unicos—que efigien mis laureles;
Carbunclos, esmeraldas, lapislázulis fieles.

IV

Yo soy el Ecce Homo coronado de espinas,
Se tú la cruz corpórea que sustente mis ruinas;
Yo soy el Ecce Homo coronado de espinas.

El saber me hizo dios, soy mi divinidad,
Mi orgullo, mi esperanza, mi fé, mi libertad;
El saber me hizo dios, soy mi divinidad.

¡Favorita del *Ultra*, novia de Prometeo,
Embriágate de audacia para nuestro himeneo;
Favorita del *Ultra*, novia de Prometeo!

Deja que cuacarée la turba irracional,
Si quieres merecerme encarna mi Ideal;
Deja que cuacarée la turba irracional.

Mas, si en verdad, no sientes nostalgias sobrehumanas,
Olvídame mujer, torna con tus hermanas;
¡Ay! si en verdad, no sientes nostalgias sobrehumanas.

¡En vano es que me tientes, en vano que me invoques!
Ni te diré siquiera: «¡Mírame y no me toques!»
¡En vano es que me tientes, en vano que me invoques!

El pálido felino

Á Roberto MAGNO.

Carnívoras de América ¿no recordáis quién era
El pálido felino, la aprisionada fiera?

A través de los férreos barrotes presidiarios
Cupido asaeteaba su pobre corazón;
Y miraba, la sangre gloriosa de los arios,
Fluir bermeja y viva por la mortal prisión.

Y el felino rugía de ardores pasionarios,
Y jadeaba y gemía con ronca entonación;
Y las libres carnívoras, de senos ofrendarios,
De lejos azuzaban su loca ensoñación.

Algunas más audaces tactaban su melena;
Y si él, por apresarlas, mordía su cadena,
Huían exclamando: ¡«Qué monstruo tan feroz»!

¡Oh, como le deseaban y temían las bellas!
Pues había en sus ojos, candentes como estrellas,
El genio y la demencia de un trágico ecce-dios.

Carnívoras de América ¿no recordáis quién era,
El pálido felino, la enloquecida fiera?

El romance de los Disangelios

Á MARIO RAPISARDI, VERBO DE LA ITALIA REVOLUTIVA.

Celui qui me lira, dans les siècles, un soir,
Troublant mes vers sous leur sommeil ou sous leur cendre,
Et ranimant leur sens lointain pour mieux comprendre
Comment ceux d'aujourd'hui s'étaient armés d'espoir,

Qu'il sache, avec quel violent élan, ma joie
S'est, à travers les cris, les révoltes, les pleurs,
Ruée au combat fier et mâle des douleurs,
Pour en tirer l'amour comme on conquiert sa proie.

E. VERHAEREN, *Les Forces tumultueuses:* Un soir.

O vermi, brulicate, affamate, marcite
Ne' baratri fangosi, nel dolor seppelite
L' anime senza nome!
. . . .
E per te, vil progenie,
Pane he sospir non ha.

M. RAPISARDI, *Giustizia:* Il Monumento.

El romance de los disangelios

Póstuma.

. . . . *Habia,*
una vez un Universo!...

Y en uno de sus abismos,
como vertiente de fuego,
serpeaba una vía láctea
con tenue claror de ensueño....

Y entre las constelaciones
de aquella vía de incienso
errantes en lo infinito
del insondado misterio
había ũna, extraviada
cabe la vía de ensueño....

Y entre los varios sistemas
planetarios de aquel reino
como todos, discurría,
el ido sistema nuestro...

Y hacia el núcleo del sistema,
bajo el rojo sol de fuego,
dócil á las mismas leyes
que sus hermanos sidéreos,
como mula de tahona
girando en círculo eterno

rodaba el orbe terráqueo
á la manera de un ebrio,
cogido en el torbellino
de su propio movimiento...

La voz del Ecclesiaste:

Entre el polvo de los mundos,
en el osario sidéreo,
en la loca trayectoria
del insondado misterio,
¿Qué fué de todo el sistema?
¿Qué del asteroide nuestro?...

Hay como un doloroso silencio. A poco la voz prosigue.

¿Qué de las floras y faunas,
de las razas y los pueblos,
de los países del sol
y de los mares de hielo,
de las ciudades gloriosas
y de los vastos imperios;
de los dioses de sus cultos
y del culto de sus genios;
de las fecundas pasiones
y los estériles sueños,
de las olímpicas palmas
y de los laureles épicos,
de las triunfales conquistas,
de las *razzias* y saqueos,
de las gozosas matanzas
y del captar prisioneros;
de los rebaños de esclavos
y del traficar de siervos;
de los osarios pirámides
y los viaductos sangrientos;
de las «urbes» formidables
que á la larga construyeron;
de las civilizaciones
que albergaron en su seno;
de los altos ideales
que los humanos tuvieron:
Fe, Arte, Trabajo y Ciencia,

ritmo y luz, caricia y eco
del sentir y del saber
del obrar y del ensueño?

¿En qué forma inmarcesible,
tras de qué inmortal aspecto
florece aún su sapiencia,
palpita quizá su genio?
¿Qué fué de la humanidad?
¿De la obra de su esfuerzo?
¿De su trajinar penoso?
¿De todos sus vanos juegos?

. . . .
. . . .

Vuelve á hacerse el doloroso silencio. Luego la voz repite como con fruición siniestra:

. . . . Había
una vez... un... Universo!...
. . . . Había
una vez... un... Universo!...

De Ashaverus:

Con la ingenuidad grandiosa del primitivo.

Desecaron las marismas,
fecundaron los desiertos,
canalizaron los ríos,
dominaron los océanos,
rellenaron los abismos,
reconquistaron los cielos,
talaron selvas y bosques
vencieron espacio y tiempo.

Cubrieron los continentes
de ciudades y de templos,
iluminaron las noches
aclararon el misterio,
con cálculos prodigiosos
y geniales instrumentos;

laborearon los metales,
inventaron otros nuevos;
fraguaron obras grandiosas,
tuvieron sublimes éxitos;
disminuyeron las plagas,
resucitaron los muertos,
Renovando la *edad de oro*,
en dioses se convirtieron,
hasta transformar el mundo
en inefable Eliseo.

La voz del Ecclesiaste repite su fúnebre *ritornello*:

. . . . Había
una vez... un... Universo!...
. . . . Había
una vez... un... Universo!...

Una voz desconocida.

Acaso la de Buddha, Zoroastro, Confucio, Sócrates, de alguno de los Cínicos ó Estoicos, ó la del propio Jesús.

¿La terrestre Humanidad
tuvo hümanidad de hecho?...
¿Superaron á las otras
especies del Universo?
¿Amaestraron sus instintos?
¿Depuraron sus deseos?
¿Aplicaron sus potencias
al mutuo mejoramiento?

¿Alguna vez practicaron
la plenitud del derecho?
¿Realizaron la justicia
en la vida de sus pueblos?
¿Alcanzaron la equidad
ó la graduaron de sueño?

¿Fueron sanos, fueron fuertes
fueron probos, fueron buenos?
¿En el sentir y el obrar
hasta qué plano ascendieron?

¿Lograron emanciparse
de los ritos fraudulentos,
de las malsanas costumbres
y de los usos logreros?

¿Trozaron las tiranías
de los déspotas soberbios,
de las castas, de las clases
y sus prejuicios protervos?
¿Se adueñaron de las cosas,
suscitaron los sucesos,
por la compresión felice
de causales y de efectos?

¿Vencieron el fatalismo
hacia afuera y hacia adentro?
¿Afinaron sus sentidos?
¿Adquirieron otros nuevos?
¿Lograron sensacionarse
y visionar algo inédito?

¿La esfera de su cultura
llegó á *ubicuar* su centro?
¿Fraguaron nuevas neuronas
sin perturbar su intelecto?
¿En ellas, vibró la chispa
de augustos descubrimientos?
Diz que transformaron todo,
¿y se transformaron ellos?
¿Tras de domar la Natura,
domaron su propio Genio?...

Pues, en verdad, yo os digo
á guisa de tardo ejemplo:
—Por si acaso rediviven
en algún otro Universo,
nuevos soles, nuevos mundos,
nuevas faunas, nuevos pueblos,
nuevas civilizaciones
en la espiral del progreso—

¡De nada sirviôles todo
cuanto honraron, cuanto hicieron
si no les volvió mejores
en obras y en sentimientos!

El anfiteatro de la Historia parece llenarse de remordimientos. Sombras dantescas, como en las perspectivas nórdicas, le obscurecen y pasan... Pasan en fuga, perfilándose macabramente, á semejanza de los beduínos en los crepúsculos tempestuosos del desierto. Luego, las sombras se

prosternan, se aplanan horizontalmente, como hundidas por el siroco del *Verbo*

Son las sombras de las grandes categorías sociales: de los fallidos de la moral práctica, de los bancarroteros del Ideal... Son las sombras de los arquetipos de la civilización burguesa: guerreros, reyes, pontífices, políticos, agiotistas y mercatores...

La voz de los Siervos de las caravanas:

Nos habían desterrado
á las marismas de cieno,
tras de quemar nuestros ojos
con enrojecidos hierros;
nos habían mutilado
como fieras, en el sexo,
para acabar con la raza
de los fuertes y los buenos.
Tronchándonos nuestras manos,
arrancándonos los dedos,
marcándonos en la frente
con la marca de los réprobos,
dejándonos para siempre
desvalidos, indefensos...

Y todo, porque intentamos
una alianza entre los siervos,
una amorosa hermandad
de vergonzontes y hambrientos;
de cuantos desamparados
vagaban por el desierto

Porque ¡audaces! cometimos
el crimen de comprendernos,
de ayudarnos, de servirnos,
de amarnos y defendernos,
y de aprender á dormir
con ambos ojos abiertos...

Nos habían desterrado
á las marismas de cieno,
tras de quemar nuestros ojos
y mutilarnos el sexo.

Así pasaron las noches,
así pasaron los tiempos,
y grupos de fugitivos,

de rebeldes, de libertos,
dejaron las caravanas
de raptores, de negreros,
y en busca de sus hermanos
llegaron á nuestro seno...

Así las generaciones
prohibidas se sucedieron,
en el cieno procreadas
y alumbradas en el cieno;
fuera de las capitales
que sus padres construyeron
en los oasis amados
de las fieras del desierto,
lejos del aire ancestral,
de sus soles y sus cielos.

Errabundos, chapaleando
en el tremedal inmenso,
tropezando en las tinieblas
con miriadas de esqueletos
de los padres, de las madres,
de todos cuantos murieron,
sin ver la sublime aurora
de los triunfales regresos,
ni el sol aún más sublime
del inmortal escarmiento.

Errabundos, chapaleando
como manadas de puercos,
las energías chupadas
cual por tentáculos fétidos,
sin escuchar más rumores
que el graznido de los cuervos,
y el cauteloso sesgear
de los chirriantes murciélagos,
el escurrirse y rampar
de los engendros del cieno,
y el cobarde suspirar
de los noctámbulos presos
en los constrictores limos
del tremedal cementerio;
y las rugientes blasfemias
de los locos y los ebrios,
y los ayes de las hembras
y el jadear de los enfermos.

Todo el sucio pesimismo
de los miserandos éxodos,
el clamoreo infernal

de los desterrados pueblos,
que chupaba, como esponja,
la gran noche del desierto.

La voz ya familiar lanza, desde lo inefable, su fúnebre pregón:

. . . . Había
una vez... un... Universo!
. . . . Había
una vez... un... Universo!

La voz de los Emancipadores:

Dejamos las caravanas
de traficantes de pueblos,
y las ciudades fastuosas
del fraude y el privilegio,
de las falsas jerarquías,
del ocio y sus vanos sueños.

Los hijos ahĕrrojados
de los ilotas del cieno,
desgarráronnos las fibras
sensibles de nuestros pechos
con el tremendo relato
de los horrores paternos.
Fuimos á mezclar la sangre
heroica de aquestes cuerpos
con la emponzoñada sangre
de las hijas de los siervos.

Para engendrar una estirpe
de libertadores férreos,
con alma de iconoclastas
y tesón de misioneros.

Para que reconquistaran
la posesión del desierto,
las ciudades, los oasis,
aire y agua, pan y sueño.

Y para que derribaran,
hasta nivelar el suelo

las milenarias pirámides
que respetaron los vientos.

Pirámides que las razas
de los esclavos hicieron,
rodando, hombro con hombro,
sus pedruscos gigantescos
hasta llenar con sus moles
la inmensidad de los cielos.
Pirámides carcomidas
por la garra de los tiempos,
llena de gloria por fuera,
de podre y momias por dentro,

Fuimos á mezclar la saugre
heroica de nuestros cuerpos,
con la envilecida sangre
de las hijas del desierto.

Engendramos una raza
de gladiadores espléndidos,
terribles, como leopàrdos
y fuertes como camellos.

Todos juntos, en la noche,
preparamos el regreso,
desecando las marismas,
solidificando el cieno,
laboreando las conciencias,
marcando los derroteros.

¡Cuántas veces recorrimos
los fangales del desierto,
tropezando en las tinieblas
con miriadas de esqueletos!
¡Cuántas veces recorrimos
el tremedal cementerio,
donde yacían algunos
encharcados hasta el pecho,
hasta las rodillas otros,
muchísimos hasta el cuello;
¡y tantos hasta los ojos,
hasta los mismos cabellos!...
Y los más, ya sumergidos
para siempre bajo el cieno.

Las sombras gesticulan supremos conjuros. Hundidas en el polvo, husmean el aire revolucionario. Huelen la tempestad que se avecina. Es el momento del *¡Sálvese quien pueda!* Pero ninguna de ellas parece *poder*, *querer* ni *saber* hacerlo.

La voz, ya familiar, lanza desde lo inefable su fúnebre pregón:

. . . . *Había*
una vez... un... Universo!...
. . . . *Había*
una vez... un... Universo!...

La canción del Regreso:

Cantan los Emancipadores:

Del otro lado del Mundo
quizá no haya tanto cieno,
del lado de las Pirámides
y los oasis ubérrimos.

Iremos á ese otro Mundo,
aunque se nos caiga el cielo,
al resplandor de los rayos
y al redoblar de los truenos.

Haremos una calzada
á lo largo del desierto,
hasta encontrar tierras firmes
de tibio y fecundo seno.

¡Vía crucis, vía ăpia
de zarzales y esqueletos,
de lágrimas corrosivas
y de sudores sangrientos!...

Hay un momento sublime de silencio. Luego, toda la canalla, como una masa coral inmensa, acompaña el canto de los emancipadores en un delirante *crescendo*, verdaderamente *resurreccional*.

Haremos picos de fémures
y jabalinas de huesos,
hondas de humanos tendones,
y piedras de cráneos yertos,
y dardos emponzoñados
con *curare* de sus sesos.

Llegaremos á la orilla
del río de sangre y fuego ..
que circunda á las ciudades
y á los oasis ubérrimos;
haremos un subterráneo
bajo el río... y pasaremos.

¡Oh, libertos de la gleba,
entrañables compañeros!
¿Cuándo apuntará la aurora
de los rojos disangelios,
tras del feroce guerrear
de los grandes entreveros?..

¿Cuándo habremos de abrazarnos
sobre los escombros viejos,
en la solidaridad
del Amor y del Derecho?

¿Derribadas las Pirámides
fecundados los desiertos,
las mentes ascensionadas
y ennoblecidos los pechos,
todos uno y uno todos
en el gran Todo Universo?

Las Sombras de los grandes fallidos tienen como un erizamiento de cabellos. Han sentido pasar el *escalofrío de Job*. Cada categoría de arquetipos parece rebuscar sus instrumentos ó atributos profesionales. Los guerreros, sus armas: los emperadores, sus cetros; los pontífices, sus tiaras; los políticos, sus gestos; mercatores, agiotistas, *fariseos y publicanos* de la sinagoga burguesa, el fruto de los sudores... ajenos. Todos hacen como que empollan sus riquezas; se abrazan á sus privilegios, en vías de ser dispersados por el siroco del *Verbo revolucionario*... Miran horrorizados hacia los rojos horizontes donde aún se yerguen las viejas Pirámides de su «civilización»: *Propiedad privada*, *Monogamia indisoluble*, *Estados y cultos*, *logreros é irracionales*... Y tiemblan por las Pirámides y por ellos. Tiemblan, porque sospechan que esta vez el *Verbo hecho Humanidad* no sólo será siroco ideológico, si que también terremoto económico social... ¡Si sólo viniera el siroco, las Pirámides continuarían intactas! Mas si tras el siroco sobreviene el terremoto.. adiós, Pirámides, ¡adiós todo!... El *Verbo revolucionario*. hecho clase social, hecho Humanidad, está á punto de barrer el desierto de su «Civilización» Y algunas de las Sombras se interrogan: ¿Qué será de nuestras caravanas sociales sin sus Pirámides seculares?.. ¿Qué será de nuestras Pirámides sin la idolatría de sus caravanas?

La voz, ya familiar, salmodia su fúnebre pregón:

. . . . Había
una vez... un... Universo!...
. . . . Había
una vez... un... Universo!...

La voz desconocida:

¿Realizaron la Justicia
aunque fuere á sangre y fuego
¿Grabaron al arma blanca
en el alma de los pueblos,
como las dobles efigies
de los medallones regios,
ó las rúbricas fabriles
de los tajantes aceros:
en el anverso: *Equidad*
y en el reverso *Derecho*?

¿Tramontaron las montañas
del odio y del privilegio
que, separando á los hombres,
desnivelaban los pueblos?
¿Volaron las fortalezas
y los castillos roqueros,
las cárceles y abadías,
los cuarteles y conventos,
las torres dominadoras
y los subterráneos negros?

¿Terraplenaron un día
—con manos de satisfechos,
con lenguas de parlanchines,
con vísceras de negreros,
con cuantas literaturas
opiaron al pobre pueblo,—
los mares de sangre humana,
los báratros del subsuelo,
donde el trágico grisú
sorprendía á los mineros
con explosiones de bombas
y llamaradas de incendio?

¿Derribaron los burdeles,
los areópagos, los templos
y las mortuorias ergástulas
del dios manufacturero?
Los iconos, las estatuas,
los símbolos, los trofeos,
los lábaros, las banderas,
los arcaicos monumentos,

las insignias anticuadas,
flora y fauna de museos?

¡Convirtieron en pavesas,
dispersaron á los vientos,
retornaron hacia el polvo
en *reverteris* supremo,
todo el viejo ilusionismo
de las clases y los gremios;
de los «oficios divinos»
y los oficios terrenos;
de las vestes nobiliarias
y los hábitos plebeyos;
de minorías ociosas
en gracia de vanos fueros,
y jadeantes mayorías,
cariátides del progreso?

Hay una pausa, durante la cual el eco de la Voz ya familiar difunde su pregón ultraterreste:

. . . . *Había*
una vez... un... Universo!...
. . . . *Había*
una vez... un... Universo!...

La *Voz desconocida* prosigue su genial catilinaria:

¡Ah, rebaños de la tierra,
sumisos de todo tiempo,
laborantes, sudorosos,
bajo los arduos señuelos!
¡Lamedores de coturnos,
escabeles polvorientos,
acémilas resignadas,
con vocación de corderos!

¡Y vosotros, criminógenos,
arrastra-sables abyectos,
canalla la más canalla
entre la hez de los siervos,
chusma degenerescente
de todos los hemisferios,
brazos venales de Marte,
carnadas de mataderos!..

¿Hasta cuándo asesinasteis
á los hombres, á los pueblos,
por la fuerza, por la astucia,

por ignorancia, por miedo,
por la sugestión del mando,
y la *angurria* del ascenso?
¿Hasta cuándo obedecisteis
á los vampiros hambrientos,
conquistándoles naciones
trocadas en cementerios?

¿Hasta cuándo les vendisteis
vuestra sangre, vuestro cuerpo,
lavida de vuestros hijos,
elhonor de vuestros nietos?

¿Hasta cuándo, sin conciencia,
sin alma, sin sentimientos,
merodeando en lo podrido
y custodiando lo muerto?...
¿Hasta cuándo, mercenarios?
¿Hasta cuándo, *mazorqueros*?

¿Alguna vez comprendisteis
la infamia de tal empleo,
tras de haberos comparado
con gusanos cadavéricos?...

¿Alguna vez, las campanas,
neumáticas de esos pechos
sorbieron el aire libre
que renueva á los libertos?

Vuestros corazones broncos
como badajos de hierro,
perennemente doblando
su lento toque de muertos,
¿nunca jamás repicaron
su propio Renacimiento?...

¿Alguna vez, redimidos
de sus legendarios yerros,
trocáronse para siempre
en tonantes campaneros
de la *Causa Humanitaria*
y los férreos *Disangelios*?
. . . .
. . . .

En el silencio de lo inefable pasa una visión. La tempestad del *Verbo* revolucionario ha barrido el desierto de la «civilización» burguesa. Las grandes Sombras han desaparecido. El terremoto del *Verbo*, hecho clase social, hecho Humanidad, ha dado al traste con las viejas Pirámides institucionales: *Propiedad privada, Monogamia indisoluble, Estado y cultos logreros...*

Y pasan las nuevas caravanas sociales, llenando de cantos de trabajo, de amor y de solidaridad, la interminable peregrinación... El desierto ya no es tal. El acuerdo colectivo hale transformado en un inconmensurable oasis, abierto á todos los seres conscientes de «buena voluntad».

Buen sol para las tierras nuevas del nuevo Mundo. ¡Buen tiempo! ¿Hasta cuándo?..

Hasta el próximo siroco de algún otro *Verbo* más ó menos selectivo, estimulante, ascensional!..

La voz desconocida prosigue su inmortal interrogación:

La terrestre humanidad,
¿Tuvo humanidad de hecho?
¿Fué ella quizá mejor
que otras del Universo?

¿Tras de domar la Natura
consiguió domar su genio?
Diz que transformaron todo,
¿y se transformaron ellos?..

Pues, en verdad, yo os digo
á guisa de tardo ejemplo,
—por si quizá rediviven
en algún otro Universo
nuevos soles, nuevos mundos,
nuevas faunas, nuevos pueblos,
nuevas civilizaciones
en la espiral del progreso:—

De nada sirvióles todo
cuanto honraron, cuanto hicieron,
si no les volvió mejores
en obras y en sentimientos.

Si jamás se emanciparon
del infer-hombre logrero
trocándose en super-hombres
del mutuo mejoramiento.

Si nunca jamás lograron
la plenitud de sus sueños
de Libertad, de Justicia,
de Belleza, de Derecho.

La muerte de la Miseria
en la vida de los pueblos;
la apoteosis del Trabajo
breve y fértil, sano y técnico.

La áurea solidaridad
en la acción y en el ensueño,

el acuerdo ascensional
de todos los intelectos:

El reinado de Utopía
tronado en los Disangelios.

La Voz ya familiar, con una ironía sobrehumana, salmodia su pregón ultraterrestre:

. . . . *Había*
una vez... un... Universo!...
. . . . *Había*
una vez... un... Universo!...

ÍNDICE

Del
año XXV
al XXVI de
nuestra Era.—A. V.